

Sebastián
Salazar Bondy



**LIMA
LA
HORRIBLE**

918.52
S16123

ALBRIGHT COLLEGE
LIBRARY



READING, PENNSYLVANIA

biblioteca



ERA

Sebastián Salazar Bondy
LIMA LA HORRIBLE

Sebastián Salazar Bondy

LIMA LA HORRIBLE

biblioteca



ERA

PRIMERA EDICION: 1964
SEGUNDA EDICION: 1964
TERCERA EDICION: 1968

DERECHOS RESERVADOS

© 1964, EDICIONES ERA, S. A.

ANICETO ORTEGA 1358, ALTOS, MEXICO 12, D. F.

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO / *PRINTED AND MADE IN MEXICO*


418.52
S16123

127121

*para decirme que aún vivo
respondiendo por cada poro de mi cuerpo
al poderío de tu nombre oh Poesía*

Lima la horrible, 24 de julio o agosto de 1949.

CÉSAR MORO
[*La tortuga ecuestre*]



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Hace 427 años que Lima fue fundada. Mucho antes, sin embargo, en el lugar donde está emplazada vivían esos hombres cuyos restos han sido desenterrados de los cementerios de Huallamarca o Armatambo, a quienes muy pocos osan llamar limeños pues tal privilegio sólo se concede a los que nacieron en la ciudad dibujada un cálido día de enero por la espada de Francisco Pizarro. Del Rímac, de *el río que habla*, únicamente quedó el mitigado nombre; de los caciques, la deble memoria anterior a la celebridad; de los templos, palacios y necrópolis, las ruinas que la unción de unos cuantos hoy restaura; de su arte, cántaros y telas que la exquisitez coleccionista fomenta. En vez de tan raigal preexistencia se alzó la villa española que vería la guerras civiles de los capitanes conquistadores, la intriga rumorosa de la corte vi-reinal, la conspiración entredientes de los patriotas, y luego, en la misma secuencia, que es apenas un parpadeo en la historia, la disputa del efímero poder republicano, la invasión extranjera, las ciegas dictaduras y entre ellas los furtivos respiros cívicos.

A Lima le ha sido prodigada toda clase de elogios. Insoportables adjetivos de encomio han autorizado aun sus defectos, inventándosele así un reverberante abolengo que obceca la indiferencia con que tantas veces rehuyó la cita con el dramático país que fue incapaz de presidir con justicia. En la Perricholi —cuya humanidad ha desaparecido tras una espesa bruma de buena, mala y pésima literatura— se ha incorporado toda su personalidad, con prescindencia del pueblo que lejos del holgorio y la pereza hastiada pugnó a lo largo de cuatro siglos por asumir su protagónico papel en el diálogo histórico. No obstante aquí, en Lima, como romeros de todo el Perú, las provincias se han unido y, gracias a su presencia frecuentemente desgarradora reproducen ahora en multicolor imagen urbana el duelo de la nación: su abisal escisión en dos contrarias fortunas, en dos bandos opuestos y, se diría, enemigos. ¿Cómo entonces adherir al sueño evocativo de la colonia, impuesto a la ciudad con un insoslayable propósito embotador, antinacional y recalitrante?

Toda ciudad es un destino porque es, en principio, una utopía, y Lima no escapa a la regla. No estaremos conformes, aunque la ofusquen gigantescos edificios y en su seno pulule una muchedumbre ya innumerable, si todos los días la

inteligencia no impugna el mentido arquetipo y trata de que al fin se realice el proyecto de paz y bienestar que desde la fundación, y antes de ella también, cuando el oráculo predestinaba en las incertidumbres, incluye la comunidad humana que a su ser pertenece. De lo que acerca del futuro Lima decida ahora, dependerá, en última e inapelable instancia, lo que para siempre será el país a la cabeza del cual fue colocada.

Este libro se debe a Lima. Lima hizo a su autor e hizo su aflicción por ella. Ninguna otra razón que la intensa pertenencia del texto a su tema determina que estas páginas no transen en rectificar el mito mediante la más honda realidad, cotejo inclemente de la premonición y la nostalgia en la tierra árida del presente. Y como sólo el implacable deseo de posesión clama por el conocimiento desnudo y esencial, debe ser por sobre todo considerado obra del amor que es poesía y vida. No soporta, por eso, ninguna simulación y más bien lo anima el coraje de la clarividencia, aquel que permite mirar cara a cara el horror y denunciarlo.

I. LA EXTRAVIADA NOSTALGIA

En Lima mismo no he aprendido nada del Perú. Ahí nunca se trata de algún objeto relativo a la felicidad pública del reino... Un egoísmo frío gobierna a todos, y lo que no sufre uno mismo no da cuidado al otro.

BARÓN DE HUMBOLDT

[*Correspondencia*]

Como si el porvenir y aun el presente carecieran de entidad, Lima y los limeños vivimos saturados de pasado. Este nos ha sido impuesto por quienes creyeron desentrañar el enigma de nuestro ser, acerca del cual, para fijarnos un destino, preguntamos perplejos desde siempre. Se ha decidido así que nuestra ciudad está impregnada de *una como extraviada nostalgia* (Raúl Porras Barrenechea), y esto es cierto más en lo que atañe al descamino del sentimiento que al sentimiento mismo. Porque, ¿hacia dónde miran nuestros ojos históricos? Miran al espejismo de una edad que no tuvo el carácter idílico que tendenciosamente le ha sido atribuido y que más bien se ordenó en función de rígidas castas y privilegios de

fortuna y bienestar para unos cuantos en desmedro de todo el inmenso resto.

La época colonial, idealizada como Arcadia, no ha hallado todavía su juez, su crítico insobornable. La estampa que de ella, en artículos, relatos y ensayos, se nos ofrece se conforma de supuestas abundancias y serenidades, sin que figure ahí la imaginable tensión entre amos y siervos, extranjeros y aborígenes, potentados y miserables, que debió tundir, por lo menos en su trasfondo, a la sociedad. Mas nadie conoce todavía a ciencia cierta aquel probable conflicto de clases, y los que sospechamos la existencia de la fisura social en aquel subsuelo histórico apenas tenemos posibilidad de acusarla. Desmentir la Arcadia Colonial será siempre una penosa, ingrata tarea, pues la multitud ha ingerido sin mayor recelo durante más de una centuria innumerables páginas de remembrantes doctores con la respectiva dosis alucinógena. No obstante su filiación liberal, Ricardo Palma resultó, enredado en su gracia, en el más afortunado fabricante de aquel estupefaciente literario. Su fórmula, tal cual él mismo la reveló fue: *mezclar lo trágico y lo cómico, la historia con la mentira.*

Cometeremos aquí el sacrilegio de no ponderar su obra con la verbosa incondicionalidad que es

usual. A fuerza de ingenio, paciencia y buen humor, Palma adobó el mito con el polvo de los archivos, pero sus personajes sólo ocasionalmente son héroes, nunca rebeldes ni libertadores (Riva-Agüero observó, para alabarlo, el mismo detalle). Una galería de cortesanos respetuosos y respetables surgió de la pluma del gran escritor. Ni ellos ni sus acciones pusieron en peligro el fabuloso decorado de los representantes regios, de sus coquetas aunque púdicas mujeres, de sus clérigos menos licenciosos que concupiscentes, todos desaprensivos en punto a cuestiones profanas, jamás en cosas de dogma o teología.

Es verdad que el autor de las *Tradiciones Peruanas* compuso una suerte de frágil y aldeana *comédie humaine* pero no acertó a incluir en ella a nadie que por descontentadizo y libre quisiera sacudir el conformismo y trastocar la deferencia debida a las instituciones. Respectivamente, su versión de los próceres de la Independencia estuvo morigerada por el adormecedor aroma de salones y alcobas virreinales. La invención colonial, de tanto éxito, acabó con su inicial propósito satírico, ciertamente demoledor. Es innegable que la *tradición malogró a Palma para la historia* (Luis A. Sánchez) y que en vez de la realidad virreinal nos legó una teoría digresiva del mundo —del mundo

limeño, se entiende, o del universal atisbado desde la estrecha mirilla pueblerina— que ahora es difícil reemplazar por otra general, científica. Tanto es nuestra pereza intelectual que estamos cómodamente sumidos en el congelado esquema de una quimera. El que no acepta la leyenda como heredad y los fantasmas que la pueblan como antepasados venerables, como larvas o manes, resulta para el consenso una *rara avis*, peligrosa y de rapiña.

El pasado vive y persiste en Lima, y atrae con fuerza innegable, escribió Porras Barrenechea, y no se equivocó. No se trata siquiera de la supervivencia de los monumentos, que son indicios concretos pero menoscabados de antaño, sino de ese designio que fuera denominado ya, por su ánimo regresivo, *colonialismo* (José Carlos Mariátegui) y *perricholismo* (Luis A. Sánchez). El culto, si se lo define en pocas palabras, del boato palaciego al que aspira a acceder, como la Villegas a las sábanas de Amat, todo limeño de cepa o no. Entre nosotros se arriba a la *Corte* rediviva merced a los casi profesionales esfuerzos de una entera vida. *Malinchismo* en almíbar por, desapasionado y prolijo, el perricholismo parece ser una de las energías del individuo y la sociedad limeños, y si hoy en el Palacio de Pizarro, como desde hace

140 años, habita un Presidente de la República, ello no impide (la aguda ironía de Héctor Velarde lo ha descubierto) que ahí campee alguien que se considera a sí propio como un virrey español, cuando no, simplemente para contrastar la alter-nancia política, un híbrido de rey inca. La carrera del limeño notable comienza en el puesto público, la diputación o el capitulerismo electoral, y triunfal concluye en el poder o en la privanza oficial de quien riega la higuera cuatricentenaria del solar del fundador. El perricholismo literario o intelectual, al que Sánchez alude, es menos terco, con todo, que el social. En aquél insiste la reminiscencia hipocandriaca que tarde o temprano —Palma es la excepción del talento— zozobra en los límites de la reputación local; éste constituye, por el contrario, todo un proyecto existencial, a cuyo cumplimiento se suelen sacrificar ideas, principios y algo más.

Que el pasado nos atrae es algo menos de lo que en verdad ocurre: estamos alienados por él, no sólo porque es la fuente de toda la cultura popular, del *kitsch* nacional, y porque contiene una pauta de conducta para el Pobre Cualquiera que ansía ser algún día Don Alguien, y porque la actualidad reproduce como caricatura el orden pre-terito, sino porque, en esencia, parece no haber

Fotos Oscar Núñez de la Torre



SANTIAGO, DE MATA-MOROS A MATA-INDIOS

OBRAS ANONIMAS QUE REFLEJAN UN MUNDO ANONIMO





Dibujo de Fisquet / Litografía de Challaniel

ARQUITECTURA DE SENTIDO ESCENOGRAFICO

Dibujo de Lauvergne / Litografía de Bichebois



escapatoria a llevar la cabeza de revés, hipnotizada por el ayer hechizo y ciega al rumbo venidero. El pasado está en todas partes, abrazando hogar y escuela, política y prensa, folklore y literatura, religión y mundanidad. Así, por ejemplo, en labios de los mayores se repiten rutinarias las consejas coloniales, en las aulas se repasan los infundios arcádicos, en las calles desfilan las carrozas doradas del gobierno y en los diarios reaparecen, como en un ciclo ebrio, las elegías al edén perdido. Cantamos y bailamos “vales criollos”, que ahora se obstinan en evocar el puente y la alameda tradicionales, y se imprimen libros de anécdotas y recuerdos de aquello que José Gálvez bautizó como *la Lima que se va*. Entre humos de fritanga se desplazan las viejas procesiones y otras nuevas, a través de idénticos vapores, remozan el gregarismo devoto. Y asistimos —¡qué remedio queda!— a bodas y funerales de ritual ocioso, de hipócrita convencionalismo. La trampa de la Arcadia Colonial está en todos los caminos. No es sencillo sortearla.

Precisa advertir que Lima no es, aunque insista en serlo, el Perú, pero esto es cuestión aparte. No cabe la menor duda, en cambio, que desde ella se irradia a todo el país un lustre que desdichadamente no es el del esclarecimiento. Hace bastante

tiempo que Lima dejó de ser —aunque no decaigan los enemigos de la modernidad, la cual, sin embargo ha otorgado aún a nostálgicos y pasatis-tas sus automóviles sus transistores sus penicilinas, sus nylon, etc.— la quieta ciudad regida por el horario de maitines y ángelus, cuyo acatamiento emocionaba al francés Radiguet. Se ha vuelto una urbe donde dos millones de personas se dan de manotazos, en medio de bocinas, radios salvajes, congestiones humanas y otras demencias contemporáneas, para pervivir. Dos millones de seres que se desplazan *abriéndose paso* —Francisco Monclova ha llamado la atención sobre el contenido egoísta de esta expresión coloquial— entre las fieras que de los hombres hace el subdesarrollo aglomerante. El caos civil, producido por la famélica concurrencia urbana de cancerosa celeridad, se ha constituido, gracias al vórtice capitalino, en un ideal: el país entero anhela deslumbrado arrojar-se en él, atizar con su presencia el holocausto del espíritu. El embotellamiento de vehículos en el centro y las avenidas, la ruda competencia de buhoneros y mendigos, las fatigadas colas ante los incapaces medios de transporte, la crisis del alojamiento, los aniegos debidos a las tuberías que estallan, el imperfecto tejido telefónico que ejerce la neurosis, todo es obra de la improvisación y la

malicia. Ambas seducen fulgurantes, como los ojos de la sierpe, el candor provinciano para poder luego liquidarlo con sus sucios y farragosos absurdos. La paz conventual de Lima, que los viajeros del xix, y aun de entrado el xx, celebraron como propicia a la meditación, resultó barrida por la explosión demográfica, pero la mutación fue sólo cuantitativa y superficial: la algarada urbana ha disimulado, no suprimido, la vocación melancólica de los limeños, porque la Arcadia Colonial se torna cada vez más arquetípica y deseable.

Una fugaz visión puede convencer al turista, por tanto, de que la colonia supérstite fue, al fin, superada, mas no es bueno fiarse de la equívoca impresión del pasajero. El pasado que nos enajena está en el corazón de la gente. No únicamente, además, en el de aquella que desde varias generaciones atrás es de aquí, sino también en el del provinciano y el extranjero que en Lima se establecen. Ambos llegan a la ciudad llenos de futuro y, al cabo de unos años, han derrochado, en no se sabe bien qué, la voluntad de progreso que los desplazó. Esa fuerza original es sustituida por la satisfacción de saberse insertos en el sustrato colonial de la sociedad limeña. Lo cual quiere decir que han comenzado a construirse un pequeño vi-

rreinato particular y, merced a él, por matrimonio, asociación o complicidad, o por las tres cosas a la vez, a participar del poder de amos y rentistas que detentan las Grandes Familias. Al resto del país se transmite, por modo del imperio metropolitano, el ensueño nobiliario (cuyos títulos avala la alta banca), y en cada ciudad, pueblo o villorio la pantomima se consume como un ensayo previo al estreno en la capital.

Con las Grandes Familias hemos, pues, topado. Imposible no advertir que son ellas las que han difundido, con total ignorancia de la precedencia del buen Manrique, la patraña de que *cualquier tiempo pasado fue mejor*, añadiendo a este relativamente prestigiado infundio el ápice de que de todos los tiempos pasados el del mando paternalista, el rango por la prosapia y la dependencia del extranjero fue más feliz que ningún otro. Dichas Grandes Familias no desconocen que social y económicamente aquella edad ya no es más, pues incrementan su opulencia y prosperan de acuerdo a la objetividad del presente. Temerosas, sin embargo, como han vivido siempre, de cualquier brote de descontento y violencia, han hecho circular, gracias al escaso o nulo saber que sus instituciones pedagógicas han procurado a las mayorías, la metáfora idílica de la colonia y su in-

flujo psicológico y moral. Sus piadosos cuadros de pintura cuzqueña, sus casas de estilo neocolonial de barroco mobiliario, sus emparentamientos endogámicos —sólo accidentalmente interrumpidos por una transfusión de sangre inmigrante—, sus legítimos o falsos escudos, sus pruritos de señorío bien servido, su hispanismo meramente tauromáquico y flamenco, su eminencia, en suma, chapada de memorias genealógicas, concretan en sus refinadas formas la mixtificación que con fines de lucro han definido como signo de un destino irrenunciable.

Porque no se trata de un amor desinteresado por la historia, ni de una falta de perspectiva hacia el progreso del hombre, ni de una loca borrachera de anacronismo, nada de eso, sino del mantenimiento, al socaire de esta especie de fetichismo funerario, del sistema en que pertenecen al señor la hacienda y la vida de quien la trabaja. Todo resulta, a la postre, una burda trapacería enmascarada de tradición, literatura y nostalgia, que son falsa tradición, mala literatura y extraviada nostalgia. Mas el cuento de la Arcadia Colonial ha tenido éxito —hay que reconocerlo—, e inclusive aquellos que nos hemos liberado, si no de estar cautivos en su red, a lo menos de practicar su adoración, hallamos difícil emanciparnos

totalmente del embeleso de esos entes de ficción—virreyes, purpurados, oidores, tapadas, santurrones— estratégicamente colocados en un recoveco de los barrios viejos, en la pegadiza veleidad de una canción de moda, en un refranESCO lugar común, en un ademán de urbanidad habitual . . .

La extraviada nostalgia se precipitó, para hacerse popular y nacional, como lo veremos en seguida, en lo que se llama *criollismo*. Ninguna irrealidad y ningún preterismo, por ende, mayores y más nocivos que este no se sabe si estilo, costumbre, manía o deformidad que repercute desde el vago término de *criollo* para justificar la continuidad del timo de la Arcadia Colonial. Arcadia perdida, sí, pero que, según la receta, puede ser rescatada y revivida por la invocación soñolienta y paródica.

II. EL CRIOLLISMO COMO FALSIFICACION

La palabra *criollo* designa muchas cosas. La pe-ripecia del vocablo ha sido larga: originalmente fue el apelativo otorgado a los hijos de los esclavos africanos nacidos en América (Inca Garcilaso de la Vega); durante los años de la emancipación tuvo una acepción subversiva —se llamaba así a los descendientes de españoles que alentaban sentimientos de nacionalidad—; en ciertas circunstancias equivale a *mestizo de acá* (Martín Adán). Su significado actual es, sin embargo, limeño —o, por extensión, costeño— de cualquier cuna, que vive, piensa y actúa de acuerdo a un conjunto dado de tradiciones y costumbres nacionales, pero, a condición, como lo sostiene François Bourricaud, de que no sean indígenas. Criollo resulta así sinónimo de costumbrista.

Tenemos más costumbrismo que costumbres, tanto que sobra el papel apologético en alabanza de curiosidades folklóricas amenazadas o desaparecidas. Nuestro costumbrismo además es totalitario. Abarca cocina, música, arquitectura, danza, deporte, farmacopea, urbanismo, lenguaje, poesía

y religiosidad. Y asimila, por el culto y la práctica, tanto al limeño viejo cuanto al recién venido. “Ese gringo (o ese chino, o ese italiano) *es* muy criollo”, suele decretarse para dar a entender que el inmigrante adopta las principales costumbres tradicionales, las viandas o la música. De tal modo que la literatura, la Navidad o la política, *verbigratia*, se vuelven locales o se colorean de localismo si las califica el adjetivo de criollas. El criollismo vendría a ser, pues, el nacionalismo limeño, o sea, un sucedáneo del verdadero nacionalismo, ya que para él *el Perú es Lima y Lima el Jirón de la Unión* (Abraham Valdelomar).

Todo lo anterior carecería de importancia si el criollismo no contrabandeara la fantasía de la Arcadia Colonial. No en vano se ha escrito por pluma criolla —que las hay, por supuesto— que el criollismo ha *brotado cual flor celestial de los tiempos coloniales* (Eudocio Carrera y Vergara). Claro que no resulta fácil demostrar que en las tabernas o huertas de la Lima del setecientos se comían *anticuchos*, se bailaban *polkitas* y se gritaban, para alentar la fiesta, frases como “¡Dale con el pie!” y “¡Voy por ella!” —reputadas las quintaesencia de la alegría jaranista—, ni que en los besamanos aúlicos los convidados fueron agasajados con *pisco* o *chicha*. Si el mito supone tales

cosas es porque el método de sus difusores es mezclarlo todo en un amasijo turbio o informe. Criolla, de tal modo, fue la usanza femenina de la estrecha saya y el manto terciado de la *tapada*, y la varia licencia a la que el atuendo daba pábulo, y criolla también es denominada la santidad de Rosa de Lima con sus duros cilicios y sus visiones, en nada parecida a los lances de tercería de las encubiertas damas coloniales. Son criollas asimismo la fiesta prostibularia y la procesión del Señor de los Milagros, aquélla con su loco frenesí y ésta con su contricción, y lo es también una modalidad del hampa, la que practicaron en un torneo sangriento dos famosos delincuentes, “Tirifilo” y “Carita”. Muchas son las contrapuestas realidades históricas y actuales que están consideradas como formas supinas del criollismo, mas los expertos no atinan a precisar —ni se demoran en ello, valgan verdades— si lo esencial en él es el libertinaje o la beatitud. La contradicción es, a fin de cuentas, la prueba de que este costumbrismo tiene un doble fondo: al exaltar el régimen virreinal, exalta la opresión de que se nutría la opulencia dorada del antiguo señorío.

Carrera y Vergara, revelando sin quererlo la trampa, dice: *Basta no más traer a la memoria que del cruce bendito de una sangre española,*

pura, rica y salerosa, con la de los nacidos en este suelo, y por provenir la primera, en buena dosis, de hijos de Andalucía, cuna de María Santísima que dicen por allá, y ser la segunda fruto cabeceado de la gracia congénita, coquetona y hechicera, heredada de aquellos sin cuestión alguna, con sus gotitas moras (de yapa y por si algo faltara), llegó a formarse un paraíso manzanero y sin serpientes, que por largos años fue gozo y placer inigualados de los que vivieron bajo su sombra, y del cual surgió sin vuelta que darle, digámoslo de una vez y con todas sus letras, un criollismo de la Madonna, que si cierto fuera que sólo Dios pudo llevárselo, al decir de los fanáticos llorones, tengo para mí que seguirá campeando de seguro y a más y mejor en el reino de los cielos . . .

La parrafada resulta, pese a todo, interesante. Muestra la variedad de opuestos que pugnan dentro del concepto de lo criollo y del criollismo: “sangre española pura-gotitas moras”, “paraíso manzanero y sin serpientes —campeando en el reino de los cielos”, “Andalucía, cuna de Santa María —gracia congénita coquetona y hechicera”, etc. Los quimeristas han sabido ladinamente compadecer, envolviéndolas en palabras vacuas y alucinantes, la concupiscencia con la fe, es decir, gula, lujuria y demás vicios con piedad cristiana,

para contentar a los lúbricos señorones con la Santa Madre Iglesia y su vigilante pupila. Si lo criollo es celestial, pero a la manera de ultratumba musulmana consiente las huríes y sus placeres venéreos, lo normal es que, como acontece, el criollo desahogue sus dominicales sentimientos de culpabilidad ante el altar, restableciendo por el arrepentimiento semanal el desequilibrio de su conciencia. Puro fariseísmo, como se ve. La contradicción es, según esto, el subterfugio que permite y hasta justifica la general inarmonía.

Aparte de lo anotado, el criollismo es más aún. Es también *viveza criolla*. Hay una palabra proscribida que expresa mejor, más gráficamente, este "valor" inscrito en la singular tabla axiológica del criollo. ¿Qué es esa viveza? Una mixtión, en principio, de inescrupulosidad y cinismo. Por eso es en la política donde se aprecia mejor el atributo. En síntesis, consiste en la flexibilidad amoral con que un hombre deja su bandería y se alinea en la contraria, y en el provecho material que saca, aunque defraude a los suyos, con el cambio. Abelardo Gamarra retrató al Diputado Fiambre, provinciano que llega a legislador como testaferro de los feudatarios de su región, y Francisco Vegas Seminario ha revivido al personaje modernizándolo en la persona del Honorable Ponciano, pero

el dueño de la viveza criolla que actúa en la vida pública no es precisamente esta especie de chusco advenedizo sino el que, venga de donde viniere, mediante la maniobra, la intriga, la adulación, la complicidad, el silencio o la elocuencia, se halla como un porfiado tente-en-pie siempre triunfante. La figura es antigua. Acerca de ella informaba al monarca español un virrey zahorí: *... se doblan al respeto, a la relación, al empeño y a los fines particulares, aunque giman la razón y la causa pública* (Conde de Superunda). El vivo de esta laya se da, no obstante, en todas las esferas de la actividad. Es el comerciante o proveedor que sisa en el peso, el funcionario que vende el derecho, el abogado que se entiende con la parte contraria, el prefecto que usa del mando en beneficio personal, el cura que administra los sacramentos como mercaderías, el automovilista que comete la infracción por simple gusto, el alumno que compra el examen, el jugador de dados cargados, el artista que se apadrina para el lauro, el ladrón o ladronzuelo que escamotea la prenda ajena a vista y paciencia (o con la complicidad) del policía, todo el que obtiene, en resumidas cuentas, lo que no le pertenece o le está vedado por vía ilícita pero ingeniosa debido a lo cual el hecho es meritorio. En homenaje a su picardía, los vivos

merecen la indulgencia. Los otros, los que proceden de acuerdo a su conciencia o a la ley, son tontos. En vivos y tontos, dentro de la maniquea psicología criollista, se divide la humanidad.

¿Por qué el criollista, el *bien criollazo*, frecuentemente coincide con el trapacero? El hasta el día inquebrantable sistema social del Perú es el de las castas. De los terratenientes y encomendados del virreinato, aristócratas en el papel pero negociantes en la práctica (*desde el Virrey y el Arzobispo, todos tratan y son mercaderes, aunque por mano ajena. El Judío Portugués*), provino esa alta burguesía nacional que presionada por la conmoción libertadora del continente adoptó, no sin resistencias, la forma republicana de gobierno en la primera mitad del xix. Ya en 1844, Max Radiguet comprobó sorprendido que la independencia no había eliminado el régimen de hegemonía por el linaje, que hasta el presente se mantiene invariable, y veintiocho años después Charles Wiener verificó incrédulo la ausencia de clase media. Entre la cúspide noble y rica y la base india y mestiza se localizó, al advenir la Patria, una cutícula de burócratas, artesanos, militares, pero la pirámide no sufrió trastorno estructural alguno: arriba, gobernando, los aristocratizantes burgueses —feudales, mineros, comerciantes—; aba-

jo, gobernados, los siervos indígenas, los esclavos negros, los braceros chinos y los subproductos de las mezclas. Arriba los blancos, abajo los de color y entre éstos sus contrahechas discriminaciones (negro contra cholo, cholo contra chino, etc.). La capa intermedia —blanca o semi-blanca— decidió incorporarse a la causa de quienes por el origen y el tono de la piel se le ocurrieron sus semejantes, para conseguir lo cual lo único que le hacía falta era el dinero. Y el dinero, en este caso más que en ningún otro, sólo podía otorgarlo la explotación. Entonces, como ahora, la delgada capa media eligió la función de auxiliar de la burguesía aristocrática.

He ahí el cuadro de estratificación social del Perú colonial, del Perú decimonónico, del Perú contemporáneo: gran burguesía con pruritos nobiliarios, pequeña burguesía más social que económicamente emergente, masa trabajadora explotada y segregada. Cuando llegó la hora de la industria fue dicha gran burguesía la que, a través de la banca creada por ella misma, la organizó en su provecho. El indio, el negro, el chino y sus variantes —cholo, zambo, injerto, sacalagua y *no-te-entiendo* (Ricardo Palma)— fueron proletarios. Los hombres pertenecientes a la clase intermedia se introdujeron, como funcionarios y técni-

cos, en la administración pública y privada, y así se uniformaron, al menos en lo que respecta al *standard* y al modo de vida, aunque no a la renta, con sus modelos gran-burgueses, quienes se sentían y se creían, como se ha dicho ya, nobles. Ahora mismo tal se sienten y se creen, y por mimetismo se sienten y se creen así sus epígonos que han ascendido de la medianía a los alrededores de la cima social. Valga un dato estadístico: del 100% de la Renta Nacional, el 50% lo absorbe el 13% de población, o sea, casi 8 millones de peruanos miserables, a los que hay que añadir 2 millones de peruanos pobres, trabajan para un poco más de 1 millón de potentados y de gente en vías de serlo.

El mito colonial —se ha dicho arriba— se esconde en el criollismo y por medio de sus valores negativos excita el sueño vano de la edad dorada de reyes, santos, tapadas, fantasmas, donjuanes y pícaros. ¿Cómo asciende un hombre común al mundo privilegiado, hasta su halo, pues más allá no es posible, sino asumiendo la teoría del paraíso colonial gracias al ejercicio del criollismo? En éste se obnubila, se embriaga de mentiras, sueña con el señorío . . . Se trata de lo que ha sido llamado líneas antes *perricholismo*: entrega al virrey, a su equivalencia contemporánea, del mismo modo

que la modesta tonadillera del XVIII al corazón senil del hidalgo catalán, con ambición, mas ciertamente con asco, aunque como único recurso para escapar de la fatal inferioridad. Hay una prueba actualísima del fenómeno de la elevación por vía criollista. En recientes elecciones políticas un candidato militar y ex-dictador, que durante su régimen obtuviera, por gestión en España franquista, una genealogía convenientemente filtrada, hizo parte de su campaña con el lema de “Los criollos votarán por Fulano”. Ilustraba a la frase el dibujo torpe pero efectivo de una pareja bailando, al compás de guitarras, una *marinera* criolla, de esas que están conceptuadas como “flor celestial de los tiempos coloniales”. Los sufragios demostraron luego que el candidato tenía, en cuanto a conocimiento de Lima y los limeños, un ojo de lince.

Ser anti-criollo y anti-criollista (en la modalidad colonialista señalada) no significa necesariamente, sin embargo, estar en una actitud renovadora, ser del presente y prever el futuro en base a los datos racionales del presente. Hay una forma de abominar del pasado que obedece a razones espúreas y, por tanto, existe una clase de postura exquisita y cosmopolizante tan evasiva como la criollista de inspiración virreinal. De otra parte, ciertos criollistas (José Diez Canseco, digamos por



Grabado del siglo XVIII



Litografía del siglo XIX

LA MUJER FUE Y ES BASTION CONSERVADOR

LA HUMILDE GENTE ACEPTA LA FATALIDAD

Foto Jesús Ruiz Durand





De Lima, de Manuel A. Fuentes, 1866

APORTES MOROS, ANDALUCES Y ASIATICOS

LA CIUDAD CONTINUA LOS MONOTONOS MEDANOS



De Fragments d'un voyage autour du Monde, de Borgot

decir un nombre representativo) lo fueron buscando la auténtica raíz humana y popular del limeño. Aquí se ha hecho hincapié en el criollismo que se nos urge acatar como espíritu y vida únicos de la ciudad y el país, y que, además, sólo opera como justificativo o cortina de humo de la secular exacción de las mayorías. La Arcadia Colonial es la envoltura patrioterica y folklórica de un contrabando. Lima es por ella horrible, pero la validez de este calificativo depende de dónde nos situemos para juzgarla, qué código consultemos para medir sus defectos y vicios y a quiénes sentemos en el banquillo de los acusados. El objeto de estas páginas es vindicar a la ciudad de la deplorable falsificación criollista y condenar, en consecuencia, a los falsos monederos.

III. EL CANDADO DE LAS GRANDES FAMILIAS

—En México —dijo— el indio ha triunfado sobre el español. Entre nosotros la lucha continúa y, por el momento, son todavía las viejas familias españolas las que gobiernan el Perú. Pero como teóricamente tenemos sufragio universal, es demasiado fácil para los demagogos agitar a los indios.

ANDRÉ MAUROIS
[*Les Roses de Septembre*]

El paso de una civilización del bejuco a otra del candado es para Germán Arciniegas una de las características del cambio habido en América con el advenimiento de los conquistadores españoles. Así elude el escritor colombiano la directa mención de la llegada a nuestro continente de la idea de la propiedad y del propietario. La guarda cuidadosa del dinero, la hacienda y la honra desterró la confianza comunitaria que prevalecía en la sociedad primitiva por virtud de principios, si bien no escritos, grabados en la tácita ética de estos pueblos. Sin recaer en la imagen romántica del *bon sauvage* corrompido por los europeos, puede decirse que la casta que fundan los dominadores

aísla a hombres de hombres —y consecuentemente a familias de familias— y los enfrenta entre sí aun en la existencia plural que la ciudad supone.

Es, sin duda, el sentimiento egoísta de la propiedad privada el que determina el recíproco recelo, y es esa misma fuerza, que se torno solidaria sólo contra el enemigo de raza o clase, la que perdura entre nosotros casi invariable. Es en Lima, donde se arraciman, terminada la guerra de exterminación que fue la llamada *gesta conquistadora*, primero la soldadesca y luego las sucesivas olas inmigratorias de autoridades, adoctrinadores, colonos y letrados, donde la soledad familiar, espejo de la soledad individual, se hizo más áspera y se mantuvo prevenida siempre contra la extralimitación del vecino. Sin embargo, la práctica endogámica, nobiliaria y en el fondo racista (son dudosos, y en todo caso, si los hubo, fueron excepcionales, los adulterios entre blancas y esclavos negros a que hizo mordaz referencia González Prada) fue haciendo de los colonos, a través de la vía matrimonial, una nata o emulsión de repetido emparentamiento. Antes del medio siglo de surgida la ciudad ya existía la aristocracia limeña (*Eran mercachifles que después de haber cargado con las maletas . . . se enriquecían y ponían tienda: después compraban pomposos títulos . . . Cour-*

tes de la Blanchardière), el bien demarcado mosaico de las Grandes Familias que con mudanzas y ampliaciones accidentales hasta el día perdura. Fueron la nobleza o la hidalguía, la fortuna, y, en tercer lugar, la notoriedad por las armas o la función, los títulos que la oligarquía colonial exigió de los aspirantes a incorporarse a su capilla. Con el correr del tiempo y en beneficio de su indispensable aunque muy medida apertura, la primera formalidad quedó eliminada del cartabón y la última reemplazada por una equivalente de participación en el poder político.

Si *la multitud callejera fue en Lima, hasta el siglo xvii, sobre todo de dos clases: multitud religiosa y multitud aúlca* (Jorge Basadre), ello se debió fundamentalmente a que aquel grupo dominante —y asimismo gobernante, porque mientras hubo virrey éste fue, como luego los presidentes, un ilustre preso de la aristocracia— propició el aislamiento del país de todo el resto del orbe conocido, dejando como única vinculación con el mundo, y exclusivamente a través de sí, la que unía metrópoli y colonia. Dicha aristocracia no cejó en convertir cada ocasión devota en un acto de sumisión popular hacia aquello que divulgaron como preciosa finalidad de la existencia: el cielo. La fiesta religiosa y la oficial opera-

ron como puerta de escape de inhibiciones y represiones concentradas por la muchedumbre servil. Una fecha del santoral o la discusión teológica en torno a un dogma, así como la noticia del nacimiento de un infante real o un cambio en la representación regia fueron ocasión, tras las ceremonias respectivas, de jolgorio mundano más que religioso o cívico, pretexto para el desborde y compensación de las abisales diferencias de obligaciones y derechos entre las Grandes Familias y la candorosa masa.

Este no es un libro de historia pero la historia le conviene para rastrear cuán hondas son las raíces del cuadro social de Lima en estos tiempos. Las muchedumbres religiosa y aúlica han servido para amasar el criollismo. Ellas lo produjeron, por incitación ajena, en el paciente mortero de su poquedad, y lo consideraron, ignorantes de otras realidades —nuevas costumbres y nuevos vuelcos de las costumbres—, su realidad. En la isla colonial, envuelto en *la doble neblina del Rímac y del incienso* (Vicuña Makenna), el pueblo limeño hizo carne de su ser una concepción de sí mismo y de la existencia totalmente falsa. La misma que hoy evoca tercamente la casta privilegiada para mantener sin mutaciones la deformidad de la sociedad. El Bolívar visionario de Jamaica definió

duramente al Perú: *oro y esclavos* dijo que era nuestro malherido país. Fascinados por el oro —por lo que reluce, en todo caso— los esclavos permanecen hasta hoy aherrojados por causa de las Grandes Familias y multiplicando sus riquezas. Oro que ya no es el de la fábula del Coricancha, los cuartos del rescate de Atahualpa, los galeones cargados de tesoros, el poderoso capital que, según Keynes, arruinó a la España de Felipe pero hizo el imperio de Isabel de Inglaterra, mas sí lujo y frívola ostentación incesantes. La historia registra esta constante. Habla así: . . . *Había muchos vecinos de los que tenían encomiendas de indios, tan ricos y prósperos, que valían sus haciendas a ciento y cincuenta mil ducados, y a ochenta, y a setenta, y a cincuenta . . . En fin, ricos y prósperos los dejé a todos los más . . .* (Cieza de León); *Lo hermoso de la ciudad está en los que la habitan por la gala, aseo y sedas que los adorna* (Diego de Córdova y Salinas); . . . *esta vanidad de trajes, galas y pompa de criados y libres . . .* (Bernabé Cobo); *Suplen bien sus ostentosos ciudadanos con los adornos, y alhajas por dentro, lo que no tienen de vistosas sus casas por fuera* (Francisco Antonio de Montalvo); *La riqueza de Lima es, sin duda, la mayor que se conoce . . .* (Juan Meléndez). Suntuosidad, en fin, que subrayan los

versos de Simón de Ayanque citados por Carlos Miró Quesada, en los que se loa el despliegue del ropaje limeño:

*... que estilan capas bordadas
con riquísimos sombreros,
la mejor media de seda,
tisú, lana y terciopelo.*

No dicen otra cosa los viajeros de fines de la época virreinal y de la república: Rosas de Oquendo, Concolorcorvo, Frazier, Flora Tristán, Radiguet, Botmiliau, etc., y también los más recientes: Keyserling (que sostuvo que los limeños somos constitutivamente dieciochescos), Waldo Frank, Morand, Mikes, etc. Derroche, frivolidad, pompa, vanidad y oro convertidos en vida ociosa, destellan en las Grandes Familias y espolvorean de brillos a otras menos grandes, y correlativamente grisura, modestia y deudas en el margen mísero, pululante, esforzado. Oro y esclavos, es cierto todavía.

Las Grandes Familias han sido astutas, hay que reconocerlo. A diferencia de las contumaces oligarquías de otras naciones no han tardado en cambiar, cuando fue preciso y en la región que lo exigió (la Costa es casi capitalista e industrial; la

Sierra permanece aún feudal), de fuentes de poder y riqueza. Al sobrevenir el auge del guano apartaron sus delicadas pituitarias del oro excrementicio, pero se hicieron guaneras mezclándose con los *parvenus* y ganando en la operación nuevas rentas. Igualmente, cuando la primera inmigración italiana —hoy ya centenaria— encontró la prosperidad, los perfumados caballeros no vacilaron en conceder la mano de sus hijas a los vástagos de granjeros y vinateros. Desde que el imperialismo norteamericano se hizo presente, el rubio *self made man* no encuentra resistencias para ingresar, por el desposorio, en el círculo de los apellidos. Pero esta flexibilidad o instinto de conservación, que ha librado a la aristocracia limeña del horrendo crepúsculo que tan bien ha novelado Ernesto Sábato en lo que respecta a la Argentina, no ha cedido en un punto en aquello que constituye su máspreciado blasón: la segregación de la mayoría india y mestiza y, lo que es peor, pobre, inevitablemente pobre, dentro del sistema cerrado de las castas. Le ha fabricado, para conformarla, la fantasía de la Arcadia Colonial —que si lo fue, fue Arcadia para ella y sólo para ella— y su artilugio criollista.

Recientemente, y como recurso de emergencia en la hora crítica, el criollismo colonialista ha sido

algo más que una fábula en boca de los voceros de la nobleza, de las Grandes Familias. Ha tenido que convertirse en práctica, y las danzas populares, los capitosos manjares de la mesa humilde, la jerigonza coloquial —inclusive en su modalidad de bajo fondo, la *replana*—, el negrismo folklórico, curiosamente hispanizante, como lo apunta Luis E. Valcárcel, toda la múltiple variedad de lo criollo antes más mentado que practicado, han sido incorporados a los salones de la vieja prosapia. Las Grandes Familias se han visto obligadas a dar el ejemplo y mostrarse tan buenas ejecutantes como loadoras del regionalismo, tal como los luises o los borbones de triste recordación salían por la puerta trasera de sus palacios para darse un “baño de pueblo”. A esto le llaman, nuestros burgueses aristócratas, democratización (el director de empresa se emborracha con sus obreros porque *es muy criollo*, razón por la cual también el latifundista alterna con sus peones en la choza y el Señor Presidente estrecha la mano del audaz zambo que se le aproxima), aunque el trabajador siga siendo el “cholo de mierda”, el “serrano sucio”, el “negro bruto”, el “chino tísico”, que no merecen ni la centésima parte del salario que recibe su semejante de Illinois o Cincinnati, USA.

Ahí están, ricos y prósperos, como los viera Cieza de León hace tres siglos, señores y damas de las Grandes Familias viviendo en la suntuosidad que las residencias disimulan cautelosamente, pero que se advierte en sus clubes exclusivos —a los que cierto cantante internacional de moda, que fuera contratado para animar una fiesta, consideró entre los más lujosos del mundo—, en sus restaurantes, en sus balnearios y playas privadas, en sus usos de automatismo y velocidad, casi con las mismas ideas del siglo pasado o antepasado, aterrorizados ante palabras como revolución, reforma agraria, sindicalismo, etc., pero muy convencidos de que, salvo variantes superficiales, el mundo, su mundo, no se acabará. Grandes Familias que ya no tienen *intelligentzia* como la tuvieron hasta la generación del 900 (ahora setentona y estéril) porque sus jóvenes optan por la parte placentera de la *american way of life*, la del *play boy*. Grandes familias cuyas hijas, que alcanzarán el matronazgo de sus antepasadas —el de aquellas limeñas que *hacían muchas ventajas a los varones* (Reginaldo de Lizárraga)—, previamente persiguen la corona de “reina de belleza” que les prometen en Miami Beach las empresas de turismo y las fábricas de prendas íntimas. Grandes Familias de espaldas a la Lima y el Pe-

rú de indios despojados y mestizos sin esperanza, cuyo legado arqueológico, sin embargo atesoran pocas veces con el amor de coleccionista que conserva el arte, sino con el espíritu del anticuario o el avaro que acumula valores estables. Grandes Familias que resisten el empuje de la vertiginosa historia con su heráldica de “oro y esclavos”, que orgullosas pretenden remontar a la gloria conquistadora y a la leyenda edénica del virreinato en tanto acarician los candados que guardan su caudal, su Arca de la Alianza. Esto hasta que llegue la hora —es posible formular la premonición— de restaurar aquí como en todas partes la solidaridad que reúne a todos los hombres por el éxito común, la libertad que permite la movilidad de los más humildes a los más altos lugares, el bejuco de la confianza mutua y la propiedad comunal que antes de la usurpación simbolizaba en cada puerta el amor fraternal.

IV. ¿ES EL AZAR NUESTRA DEIDAD?

¿En qué casa de Lima la dorada vivían
los que la hicieron? . . .

BERTOLT BRECHT

[*Preguntas a un obrero que lee*]

Así es, pues, desde los primeros años la élite limeña. ¿Cómo se conduce —es propio indagar enseguida— la masa popular? Lima fue consagrada capital —y Corte— por azar. El azar fue la loba que amamantó a sus fundadores. Los compañeros de Pizarro afincados en Jauja, uno de los más bellos y feraces valles de la Sierra Central, acusaron al clima de ser enemigo de la ganadería y la cría de aves, reprochándole también carencia de bosques madereros y excesiva lejanía del océano. El Gobernador Adelantado y Capitán General atendió la demanda de sus rodrigones y decidió hacerlos avanzar, perpendicularmente a los Andes, hacia el mar hasta hallar una tierra llana en donde fuera posible establecer la cabeza de los nuevos reinos. La misión encomendada a Díaz Tello y Martín de encontrar un más amable asien-

to para la villa tuvo al poco tiempo éxito. El 18 de enero de 1535 fue fundada la Ciudad de los Reyes, cuya distribución ejecutó el propio Pizarro con ayuda de uno que, por casualidad, algo conocía de cosmografía: un rectángulo con 117 manzanas, cada cual dividida en cuatro solares, en el que se reservó un espacio libre para la plaza mayor.—o Plaza de Armas—, en la que habrían de tener prolongada sede la casa de gobierno, el cabildo y la iglesia con la autoridad eclesiástica. En los solares, y de acuerdo a la jerarquía, se instalaron los venidos de Jauja, Pachacámac, Sangallán y Cuzco. En total 69 vecinos, sin contar, por supuesto, a los indios encomendados ni a los del caserío que ahí ya había. El rey español dio tres coronas a la nueva ciudad, en cuyo escudo hasta hoy figuran.

Según dijeron primero los comisionados y reiteraron luego el acta fundadora, los cronistas y los viajeros, el valle del Rímac, hasta antes de la invasión temido oráculo previsor, era un vergel, sitio *claro, airoso y descombrado*, con buena tierra, harto regadío, atmósfera limpia, puerto marítimo y otras bondades, alguna de las cuales los limeños de hoy echamos de menos. Era la de la fundación época de estío, despejada, de sol fuerte a mediodía y brisa fresca al atardecer, y los ofi-

ciales y soldados del conquistador castellano andaban en el trance un tanto alucinados. El clima del presente, cuando la ciudad se ha centuplicado a partir del área inicial y han desaparecido los bosquecillos aledaños, cuando el humo de las fábricas precipita un *smog* que añade detritus al polvo que mancha el aire y a la neblina de los seis meses invernales, es como nunca ese ambiente que torna la vida

*... un dulce malestar de enero a enero
y un estarse muriendo todo el año.*

(Juan de Arona)

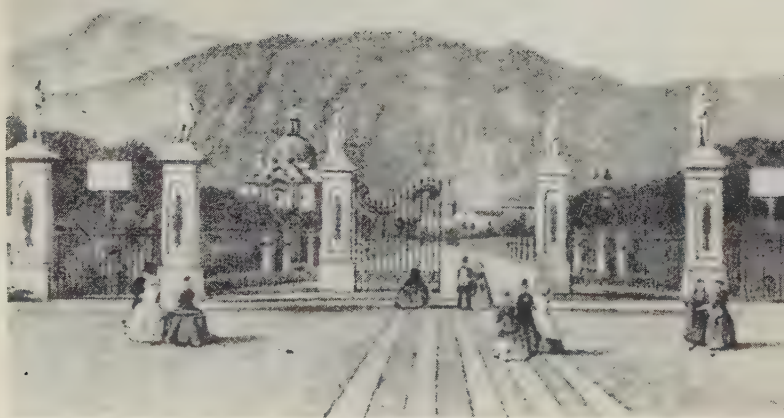
Gripe, catarro, asma, amigdalitis y reumatismo, por decir lo menos —al cabo de los cuales la tisis pende como una espada en el extremo de un cabello— se conciertan, sin embargo, con la particularidad más desatinada del clima: su templanza. Sin rigores, sin lluvias ni truenos, sin inundaciones ni sequías, sin nieves ni calcinaciones, sólo padece regularmente de la nubosa humedad y cada medio siglo aproximadamente de un catastrófico remezón sísmico. Ese aire *bien tempere*, mediocre, tristón y soledoso, condiciona una psicología peculiar. Como él somos los limeños: *... el pueblo es igual a la noche de Lima: suave. No se*

violenta (Carlo Coccioli). Y la masa popular transcurre, debido a ello, sin grandes pasiones (o, en todo caso, ocultándolas o sublimándolas), vertida con sus dolores y sus frustráneas ambiciones en sí misma, con sus tibios odios y blandos amores que nunca detonan colectivamente, sino que se resuelven como locura, suicidio o venganza personal. Esta pasividad incluye aún a los animales, pues se ha dicho que hasta los perros son en nuestra ciudad *perezosísimos e indiferentes* (Hipólito Unanue):

No reina en Lima la abierta controversia sino el chisme maligno, no ocurren revoluciones sino opacos pronunciamientos, no permanece el inconformismo sino que el espíritu rebelde involuciona hasta el conservadorismo promedio. La juventud imaginativa, iconoclasta y desordenada termina por sentar la cabeza. Los racistas suelen atribuir esta plana uniformidad incolora al ingrediente indígena, pero da la casualidad que es el indio el que, como lo enseña la historia, ha llevado su descontento a la acción —reprimida ferozmente por la autoridad limeña—, y el que constituye el elemento dionisiaco de nuestra composición nacional. En tanto, el limeño sigue siendo quien acepta, con apenas una ironía en los labios o un chascarrillo contingente, los abusos de los poderosos, la impú-

dica corrupción de los políticos, la absolutista voluntad de la minoría voraz. Sin pisar la peligrosa cáscara de plátano del determinismo, cabe afirmar que el cielo sin matices, el aire adormecedor, la humedad ponzoñosa, la lisa visión de los cerros pelados y los arenales de entorno, que en invierno envuelve un tul de niebla que hace irreales a las cosas más rotundas y *mantiene las ruinas eternamente nuevas* (Herman Melville), se convierten en sedante o somnífero de la vigilia y su carga vital. Una anécdota ilustra este hecho y la convicción que sobre ella tenemos los limeños. Se cuenta que siendo alcalde de la ciudad el humorista Federico Elguera fue advertido de la inminente aparición de un brote de la fiebre amarilla que ya asolaba los países vecinos. Elguera respondió tranquilamente: “No hay que alarmarse; aquí la peste se atonta”, recurriendo para el caso a una palabrota mucho más expresiva que el eufemismo que aquí empleamos. Y así fue.

De 1535 a 1962 mucha es el agua que ha corrido bajo los puentes del Rímac con ser tan escaso el caudal de su corriente. Las 117 manzanas se han multiplicado y el casco urbano ha alcanzado las orillas del mar de Norte a Sur, cubriendo un *vasto hongo de cabeza cóncava* (Michel Berveiller) cuya coronación se extiende desde La Punta,



PREFIRIERON REMEDAR QUE CREAR



Del Atlas geográfico del Perú, de Paz Soldán, 1865

EL PASADO HA SIDO CONVERTIDO EN ARCADIA



LA GUARDA CUIDADOSA DE DINERO, HACIENDA Y HONRA



en el Callao, hasta el Morro del Solar, en Chorrillos, y cuya base parece ser el Cerro de San Cristóbal. La *City* se ha erguido con pobres imitaciones de rascacielos, pero rumbo al Pacífico han surgido barrios populosos (La Victoria, Breña, Lince) y, más cerca del mar, barrios residenciales (San Isidro, Miraflores, Monterrico), todos de caótica arquitectura donde el tudor y el neocolonial se codean con el contemporáneo calcado, salvo excepciones, de magazines norteamericanos. Clase media y burguesía grande se sitúan en estas dos clases de barrios fronterizos. La masa popular se hacina, en cambio, en tres especies de horror: el *callejón*, largo pasadizo flanqueado de tugurios misérrimos; la *barriada*, urbanización clandestina y espontánea de chozas de estera que excepcionalmente deriva en casita de adobe o ladrillo, y el *corralón*, conjunto de habitaciones rústicas en baldíos cercados. Son núcleos éstos en los que se refugia más de medio millón de limeños.

Toda esta referencia a la estructura de la ciudad no tiene aquí propósitos meramente informativos. Pretende señalar que el pueblo, que ocupa las tres clases de no-vivienda mencionadas y otras semejantes, y que en ellas, como un cinturón de barro, ajusta día a día el sitio de la capital peruana, sueña con acceder, construyéndola u obtenién-

dola como premio o donación, a una casita de las que ocupa la mesocracia baja. Esta, como es natural, tiende a salir de la morada estrecha o el departamentito para habitar un domicilio decentado de los que pueblan las familias de la clase media alta. A su turno, ésta acaricia la esperanza de llegar al barrio residencial trepando, en lo que a la pugna habitacional respecta, la gran pirámide desde el escalón del *chalecito* al de la más holgada casa, con jardín y todo, y del de esta última al de la casona o villa. Es decir, con más exactitud, al rellano de la mansión en la ciudad y la casa de verano, si es posible con playa propia y otras gollerías más. Es toda una marcha al Sur, pues la escala tiene esa dirección cardinal. La voluntad de vivienda mueve, como se aprecia, a la sociedad desde su fondo por una reacción en cadena enérgica aunque sin estrépito.

De esta misma manera, por otra parte, se concatenan más insomnios civiles: tener un auto cualquiera, tener un auto americano de un modelo de no menos de cinco años atrás, tener un auto nuevo (*ese* auto nuevo, no otro), tener dos autos, tener tres autos, *ad infinito*. También, con parecida secuencia, se da la tribulación educativa de los padres de familia: que los niños vayan a cualquier colegio particular antes que a los del

Estado, que vayan a un colegio particular de cierto prestigio, que vayan a un colegio de niños ricos, que vayan —*para que ahí se relacionen*, como se suele decir— al colegio donde van los hijos del millonario Fulano de Tal. La voluntad de vivienda, confort o educación se torna, en estos casos, en voluntad de ascenso social. Voluntad, pues, de desclasamiento. La aspiración general consiste en aproximarse lo más que sea posible a las Grandes Familias y participar, gracias a ello, de una relativa situación de privilegio. Este espíritu no es exclusivo de la clase media. El pueblo entero, aun su masa más desdichada e indigente, obedece al mecanismo descrito. Y por una razón clara: cuanto más inestable es el *status*, más vehementemente se desea alcanzar la estabilidad. Y por cualquier medio.

En esta lucha, como resulta lógico, prepondera el individualismo. Se le ha impuesto al pueblo, lo que es más grave, como principio rector para tener éxito en la difícil prueba del escalamiento social y económico, pues a los niños y adolescentes, desde el más pequeño de la última escuela fiscal gratuita, se les martilla, una y otra vez y en toda ocasión, que el “triumfo” depende únicamente del sumiso trabajo y del acatamiento de la organización de la sociedad tal cual es. La falacia es ilus-

trada, porque se quiere destruir la tendencia a la unidad de clase y a la mancomunada querrela por la conquista de los derechos, con el caso de aquel humilde chofer de camión que llegó a ser propietario de una empresa, o con el de ese otro modesto empleado que alcanzó por propio esfuerzo la condición suprema de banquero, sucesos muy raros y aislados. En tales infundios cree el pueblo limeño, que reverencia la pompa aristocrático-burguesa, que admira a quien conduce el volante de un “Cadillac”, que es espectador desde la acera de las bodas de Camacho oligárquicas, que atisba y limosnea en la puerta de los restaurantes donde los pollos a la brasa se doran en la barbacoa. “No me explico —dijo, a propósito de tales boquiabiertos, un amigo extranjero— por qué esa gente no irrumpe en el local, arranca el manjar de las parrillas y acuchilla a todo el que se le oponga. No sería, después de todo, sino un acto de estricta justicia . . .”

Tampoco nos explicamos nosotros por que no sucede esta explosión. Recordamos cómo los desgreñados parisienses se lanzaron contra Las Tullerías y su obeso inquilino, cómo los bolcheviques de Petrogrado coparon el Palacio de Invierno, cómo los campesinos mexicanos barrieron a sangre y fuego a Porfirio y el porfirismo, cómo los

guajiros de Fidel Castro purificaron la prostibularia La Habana, aunque sabemos muy bien que el nuestro es un pueblo de hambrientos y discriminados, todavía no de revolucionarios. En el alma de la multitud, cuyos adelantados mendicantes pordiosean en pleno Jirón de la Unión, está profundamente arraigada, diríamos que casi amalgamada con ella, la certeza de que súbitamente puede abrírsele a uno cualquiera el camino de la fortuna. De ahí que los políticos de oficio no ofrezcan al pueblo su liberación colectiva dentro de una reestructuración socio-económica, sino casas gratis (para aliviar el problema de la vivienda se requerirían, según los técnicos, cinco presupuestos nacionales dedicados íntegramente a él), tierra gratis, alimento gratis. Parecen saber los muy zorros que la promesa de otorgamiento de cualquier bien en propiedad es lo que mueve el sufragio del ciudadano común. Las puertas de la riqueza se abren en la lotería, en el juego hípico, en el golpe de suerte, en una vasta trama de envite que comienza en el ridículo concurso que premia cupones con casas, automóviles, televisores o dinero en efectivo —todo con el fin comercial de acrecer la demanda de un producto industrial— y culmina en la suculenta suma del *pollón* de las carreras de caballos, tan suculenta que han sido creadas or-

ganizaciones altamente solventes de expertos que por la cantidad invertida en la apuesta concentran el mayor porcentaje de posibilidades de éxito. Para la masa limeña, así desviada de su legítimo destino, el socialismo constituye una amenaza, aun para el más pobre en su paupérrima propiedad: la choza de esteras en la barriada, por ejemplo, que siente suya y que cree que algún día poseerá con título legal. Este microscópico propietario masca pacientemente sus desgracias mientras atiza su ilusión. O las embriaga en la taberna, las lleva a la plaza pública manifestando por los candidatos de la reacción —que sirven a las Grandes Familias—, las sume en su abulia, las empolla para la hora en que, por influencias o albures, el gobernante de turno le entregue, a través de la caridad, la casita soñada y la colocación fija que son andaderas hacia más elevados estamentos sociales.

La maquinaria de la explotación, bien lubricada por el fraude de la Arcadia Colonial, fue comparada por el Padre Joseph Lebret, economista católico, con la de Arabia Saudita. Algo arábigo —y no las “gotitas moras” de que los colonialistas se jactan—, sino de la Arabia drogada por los invasores europeos mediante las reyecías intermediarias, tiene Lima. Pusilánime y desmemoriada, la población se coge de la superstición para alejar

el peligro y atraer el buen agüero. Una vital desgana, que médanos y nieblas enmarcan, priva en los actos de la humilde gente que acepta la fatalidad de su existencia. Por si fuera poco, la celebra en sus canciones, que lloran, se resignan, sueñan y buscan una brecha en el muro de las diferencias. Ante el panorama descrito, dan deseos de preguntarse seriamente: ¿si Lima nació por azar, no será el azar su tutelar deidad?

Eran muchos, llevaban el ídolo
sobre los hombros, era espesa
la cola de la muchedumbre
como una salida de mar
con morada fosforescencia.

PABLO NERUDA
[*Procesión en Lima*, 1947]

Mas el azar no es para los limeños estrictamente un dios, sino un servicio auxiliar de la divinidad. La celestial voluntad y, por ende, la religiosidad, son así asistidas por la superstición, que algunos ponderan como harto castiza. No se da, pues, el misticismo, de ascesis y contemplación consumadora, sino que la creencia se extingue con el ritual y en el acatamiento al catecismo. En consecuencia, el desacuerdo que entraña que la ciudad sea calificada por sus exégetas unas veces de *piadosa* y otras de *voluptuosa* (*hermosa criolla devota y sensual*. Riva-Agüero) no se les ofrezca como lógicamente insostenible. Pero puestos ante la alternativa de decidir cuál término es el justo, el segundo parece definir mejor a la ciudad y su gente.

Lo colonial es voluptuoso, sensual. El goce de los placeres directos, que no requieren elaboración posterior a la de los sentidos, es la fuente, conforme al criterio colonialista, de toda felicidad. Pero sensualidad no es sensibilidad, y por tal causa lo estético entre nosotros cede lugar a lo hedónico. O sea, a la satisfacción pasajera que por la reiteración se hace exceso y por la rutina incontinencia. Como en la ética del pecado conducta semejante conlleva la amenaza de sanción eterna, el limeño recurre cíclicamente, como antes quedó apuntado, a los consuelos de la oración y a la penitencia. Es religioso por reacción, no por acción.

La conquista la llevaron a cabo los soldadotes de una nación con ocho siglos de guerra a costas —y quizá, como Toynbee piensa, debido a un impulso de inercia belicista—, a quienes siempre acompañó un capellán de la índole de aquel Valverde de “¡Los Evangelios en tierra! ¡Venganza, cristianos!” Si la mesnada española se propuso saquear la tierra descubierta de su mucho oro (20 millones de dólares fue, de acuerdo a los cálculos de J. Alden Mason, el producto del “rescate” de Atahualpa) y ponerlo a los pies de la corona hispana, los curas se entregaron a la tarea paralela de suplantar la “idolatría” por la fe cristiana. En

función de esto último fueron templos y más templos los edificios erigidos en viejas y flamantes ciudades, y sacerdotes los que cumplieron, protegidos por el espadón militar, el quehacer apostólico de ganar para el cielo a los indios. Con tal finalidad los redujeron paradójicamente a la más vil esclavitud. Iglesias y frailes, según el esquema antedicho, proliferaron desde el principio en Lima. En el xvii, cuando la capital ya contaba con 25,534 habitantes, había 40 casas de reclusión conventual, y tanta era la abundancia de gente de hábito de uno y otro sexos —2,518 reveló el empadronamiento de 1614— que *Los virreyes se quejaban a menudo de que el número de frailes y monjas era superior a la capacidad de la ciudad y a las características de la población, y numerosas órdenes fueron expedidas para que disminuyera el número de religiosos que venían a América* (Jorge Basadre). Haciendo el balance de la cultura de la época, Riva-Agüero nombró en un breve artículo a no menos de una veintena de eclesiásticos. La Inquisición, de otra parte, manejó un poder que ni siquiera fue capaz de contener el gobierno civil, al punto de que cuando el flagrante tribunal se encontró ayuno de carne heterodoxa que chamuscar se dedicó a la pesquisa de la más secreta conciencia privada. Sin profesiones

ni funciones para quienes no fueran mayorazgos, los hijos segundones y tercerones de las familias españolas dominantes acabaron tonsurados, no tanto para ocuparse de la salvación de almas descarriadas sino principalmente para acaparar la docencia, la dirección confesional, la sinecura eclesiástica, el buen pasar de los sacros votos.

Esta super-clase religiosa no disminuyó cuando enciclopedismo y liberalismo llegaron a nuestras playas. Se retrajo un poco, nada más, pero volvió a ocupar su influyente sitio detrás de los estatutos republicanos: el caso de Bartolomé Herrera ilustra bien esta vuelta del clero al poder. Y si es cierto que durante la nueva era el uniforme castrense del caudillo sobrepasó en importancia a la ropa talar, la palabra de la clerigalla continuó intacta entre los palaciegos bastidores. Dios fue una de las *armas de la conquista* (Alberto Salas), lo fue también de la colonia y su sistema expoliador y lo es ahora de los promotores de la visión idílica de los tiempos virreinales y su retrógrado objetivo.

¿Y cómo ahora? Lima nunca estuvo libre del ojo inquisidor. Por eso el limeño burgués de hoy como el de ayer practica sus deberes religiosos con el propósito de mostrar públicamente que nada, ni siquiera la voluptuosidad en que vive, lo aparta

de lo que dice que es su fe. Y ésta es barroca, retorcida y exterior, recubierta del similar que reviste la espiral salomónica de las columnatas, los imponentes artesonados que quieren reunir en el maderamen solidez y ligereza, o el marco estofado con vidriantes y espejuelos que insolentemente amengua el lienzo que exhibe. Nunca llegó a convencer de veras a la vigilancia eclesiástica el culto reconcentrado, la intimación con el alma misma, la entrañable plática del retiro claustral. En tales soledades podía el creyente, a juicio de la monacal suspicacia, resbalar por una rampa herética hasta el mismísimo infierno. Hubo el limeño de ser practicante a vista y paciencia de todos, y grandilocuente en la consumación de sus actos de fiel, tal como exhibicionistas fueron las rotundidades, los paramentos, los campanarios, los adornos, las imágenes, todo lo de los ostensibles templos en que se postraba. Mas, como se ha dicho, la pía obligatoriedad opera como reactiva: a más voluptuosidad más devoción. Por bajo de la creencia expresada tan aparatosamente late la afición por la vida placentera: buena comida, buen vino, buena hembra, y con ellos todo lo que la riqueza y el ocio, cuando los hay, ponen en la mesa y el lecho como decorado, complemento o ampliación de la saciedad.

La belleza no cuenta. El dinero resulta mal empleado si se dedica al arte que no asiste a la ornamentación, que no es mandadero de los fines sensoriales. En la Lima de los virreyes sólo prosperó como instrumento de la liturgia en los altares, los objetos del culto, la arquitectura y los cuadros ilustrativos. En éstos, por ejemplo, cualquier referencia a la realidad inmediata, al hombre o al paisaje peruanos, fue proscrita, y cuando la expresión pictórica ya no hizo falta como mediadora de la expansión católica, desapareció o fue sustituida por la santería en serie. Lo mismo aconteció con la poesía y el drama: aquélla fue loor rimado al santoral, juego de salón o crónica de la anécdota cortesana, y ésta auto sacramental con auspicio y bajo parroquial censura. Lo estético encuentra en Lima un obstáculo obstinado: su aparente gratuidad. Sin valor de uso para el adoctrinamiento o para lo sensual, la belleza creada por el talento artístico no tiene destino. Así es hoy todavía.

Lo mismo podría ocurrir con la santidad, pero en este caso su preeminencia ha sido convenientemente instrumentada. Dos de los santos limeños más representativos, Santa Rosa y San Martín de Porres, fueron en vida el revés de lo que es conceptualizado criollo, mas una y otro han sido vertidos, merced a su consagración, en el molde común.

La primera fue un ser singular, por igual apartado de la fastuosidad civil y de su correlato religioso. Levitó por sobre el medio como un ente incorpóreo y, ajena a la comidilla cortesana, buscó la realidad en las llagas del apestado y en la purulencia de la carne, convencida de que la esencia de la vida radica no en la ostentación sino en la contingencia. El lego mulato eligió ser maniatado por quien era dueño de sus dueños para así mejor servir a los servidores. Tampoco en su persona real se dio ningún rasgo de tipicidad criolla, pues supo abstenerse de toda banal primacía. Ambos místicos —ellos sí— han sido, sin embargo, incorporados al folklore criollista y colocados en un lugar visible del friso de la quimera virreinal para que con sus aureolas lo prestigien. Se habla de ambos, se les literatiza, canciones y tráfico, como frutos del idilio colonial, idénticos en su origen y sentido a la picaresca tapada, al capitanzuelo calavera, al ventral oidor, a cualquier máscara del acartonado museo de la Arcadia Colonial. Grave adulteración que comienza en la iconografía moderna, que en vez de realizar una Isabel Flores de Oliva transida de angustias metafísicas crea un pimpollo rosáceo y dulzón, y que en lugar del raído donado de Santo Domingo, de morigeradas facciones africanas, nos

presenta un empolvado jovencito de rasgos equívocos y almidonado hábito. La deformación no es casual: obedece al propósito de eliminar de la historia aquello que desdiga el gran embuste del cual se nutre la concepción del virreinato como *land of plenty*. Ya son, los dos, bienaventurados rostrós de la petrificante Medusa pasatista.

Porque el señorón quiere natural la filosofía del “siempre hubo ricos y pobres” hace cundir la mentira de la Arcadia Colonial ya que en el imaginario retablo que ésta constituye no instala la justicia sino el placer compartido. Mientras digiere sus hartazgos, cuyo peso aligerará con los reglamentarios golpes de pecho, enseña que es preciso equilibrar, cada cual en su nivel, sensualidad y beatitud, la primera como recuperación del paraíso perdido con la pérdida de la edad dorada y la segunda como freno moral para restablecer la armonía del alma. En síntesis, ése es el secreto de la ambivalencia de la ciudad. Los usufructuarios del sistema que satura el presente de pretérito y anula el futuro revertiéndolo suponen que mientras perdure la falacia habrá orden. Pero cada día les resulta más difícil que uno de estos dos polos del irracionalismo no imante más que el otro a tantos como viven humillados.

VI. DE LA TAPADA A "MISS PERU"

Y, sobre todo, allí encontraréis a la andaluza de América, a la mujer limeña, breve de pie y de mano, de boca roja y ojos que hipnotizan, incendian y enloquecen... Id en las tardes de paseo, cuando están las mujeres entre los árboles y las rosas, como en una fiesta de hermosura, o en concurso de gracias dominadoras y gentiles.

RUBÉN DARÍO

[*Crónica literaria*]

Es poco probable que en 1561, a menos de veinte años de fundada Lima, las limeñas reaccionaran contra un bando que prohibía el uso de la saya y el manto con nada menos, como lo cuenta Palma, que una huelga en la cual, aparte del abandono de las tareas habitualmente encomendadas a la mujer, salieran las tapadas a la calle en son de mitin. Cabe más bien suponer que aquella disposición y otras posteriores dirigidas a suprimir el típico traje fueran derogadas bajo el influjo sordo e insidioso de las damas sobre la voluntad de sus maridos con poder. Esta es la manera invisible de gobernar que a partir de los primeros

Foto Leonidas Zarazú



LA VOLUNTAD DE VIVIENDA MUEVE A LA SOCIEDAD

Foto Jesús Ruiz Durand





Foto Carlos Domínguez

LAS DOS FACCIÓNES ESTAN FRENTE A FRENTE



Foto "Expreso"

SUMEN SU DESGRACIA EN LA ABULIA

años coloniales ejerce el segundo sexo desde la alcoba conyugal. El procedimiento ha sido resultado de una espontánea compensación de fuerzas, al punto de que más de una vez el giro de las cuestiones nacionales ha variado de sentido por decisión de las esposas, especialmente en lo que corresponde a materia de religión y de moral con ella conectada. El progreso social pues se ha visto con frecuencia, aunque parezca mentira, detenido o desviado por capricho femenino, ya que la limeña —en torno a quien existen toneladas de literatura—, no obstante la licenciosa fama de la tapada, ha sido y continúa siendo el más sólido bastión del conservadorismo y la más terca columna, en consecuencia, del mito virreinal.

Desde los más antiguos testimonios escritos, tanto de cronistas locales cuanto de visitantes de toda clase y condición, la mujer de Lima merece elogios por su belleza y su inteligencia, a las que nunca se dejó de relacionar empero con una aguda frivolidad. Hasta hoy, en verdad, es ella dueña de aquellos famosos atributos. En cuanto al primero, es preciso anotar que no obstante que el canon ha variado (no hay ya más piecillos andaluces, ni breves manitas de muñeca) mantiene la mujer en conjunto una gracia genuina, la cual, administrada con peculiar picardía, se convierte

en el engañoso cebo que disimula el punzante anzuelo del interés. Las limeñas *atraen para devorar* (F. Dabadié), han decretado, en diversos tonos, los viajeros que fueron capaces de eludir la trampa matrimonial y un refrán popular consagra que *Lima es paraíso de mujeres, purgatorio de hombres e infierno de maridos*.

Cierto es lo dicho puesto que todo el empeño femenino apunta a la boda, verdadera profesión para cuyo ejercicio nuestras muchachas son desde la infancia preparadas. En lo relativo a las características físicas de la limeña arquetípica, subsisten algunas de las más reiteradamente ponderadas por los escritores: los ojos de *rara fosforescencia* (Palma), el *talle ondulante* (Carey), la piel *de un matiz blanco pero con tonalidades de miel y sin colores* (M. Lacroix), las formas *bien hechas y bien proporcionadas* (Theodore Child), mas el deporte y la actividad de la nueva vida —actividad que cumple unas veces en la oficina y otras las más en la acezante obligación social— han elevado su estatura, robustecido sus miembros, agilizado sus movimientos y corregido el molde tradicional.

En cambio, en el campo de la inteligencia, el proceso no ha sido tan trastornador. Nunca fue la limeña educada para que su disposición inte-

lectual (astucia, imaginación, ingenio, elocuencia, según se insiste) se aplicara al arte o a la ciencia. Semianalfabeta durante el coloniaje, instruida con el catecismo como fuente de todo saber más tarde, sumariamente formada hoy mismo por la improvisada docencia católica para ser poco más que un adorno de la casa, vigentes están todavía palabras escritas a propósito por Enrique A. Carrillo hace menos de treinta años: *¿Qué culpa tiene la limeña si en el convento de monjas donde para educarla la recluyó la moda, apenas si se le enseña, en forma superficial e incompleta, los conocimientos indispensables para sostener una conversación mundana y para hacer figura apreciable en el salón? ¿No son los hombres los primeros que, tratándola con impertinente superficialidad, desdeñan, cuando con ellas alternan, los temas serios y nunca pasan de la broma incolora y del galanteo insípido?* Las dotes de inteligencia de la mujer de Lima son pues una vasta riqueza que algún día será convenientemente pulida y aprovechada.

Mientras tanto, dueña de tan eficaces instrumentos de dominio como la belleza y el erotismo, soterrado éste al modo de un volcánico fuego, la limeña ha conseguido guardar su tesoro mental para emplearlo después de consumir el destino

al que siempre estuvo condenada: el matrimonio. Este no fue jamás, como resulta fácil colegir, una unión en la cual la mujer conservara su personal autonomía. Por regla general, la boda en Lima sume la persona femenina en la del marido, amo y señor de la reyecía familiar y único partícipe del convivio público. El está autorizado para dividir su realidad —y su moral— en dos planos independientes y bien delimitados. Fuera de la casa se pertenece a sí mismo, ejercita su libertad en múltiple sentido y actúa en representación de sí y de sus subordinados cuando ello hace falta. Traspuerto el umbral de la morada, delega parte de su poder a la esposa, aquel que atañe a la responsabilidad presupuestal del pequeño mundo integrado por hijos y sirvientes. En esta jurisdicción, en principio meramente administrativa, es donde la mujer, despreocupada ya del problema de su soltería —en cuya superación utilizó hasta el éxito final todos sus encantos—, descuida la apariencia exterior y echa mano de su inteligencia. Procura entonces que su escaso poder, constreñido por los muros residenciales, se proyecte al exterior social y prevalezca ahí a través de la influencia que posee sobre su marido. Por eso, alcanzar el corazón de un hombre con ascendiente público debido al dinero, el apellido o la política, ha sido la secular

obsesión de la doncella limeña. El naturalista Lesson interpretó mal el prurito casadero de nuestras paisanas cuando, generalizando desatinadamente, afirmó que su amor *no conoce otro idioma que el de la esterlina*. En todo caso, la esterlina, como la política y la prosapia, indispensables para que un hombre tenga categoría de “buen partido”, es en el amor local signo de otro lenguaje, cifrado sólo por causa de las circunstancias: el lenguaje de la liberación y el desquite.

Es por esta razón que sólo situándose en la perspectiva del hogar puede aceptarse aquello de que *Lima no se comprende sin las limeñas* (Ventura García Calderón), pues de otra forma el aserto atina únicamente a lo pintoresco y ornamental de la mujer en el paisaje urbano. El reino en ese mundo casero explica nítidamente cómo las cónyuges de políticos liberales y hasta revolucionarios hacen cambiar a sus maridos de posición ideológica, y por qué resulta corriente entre nosotros que un hombre, para sus amigos y relaciones, *se convierta en otro* desde el momento en que acepta la coyunda legal y sacramental. La mujer por el matrimonio ha sacado ventaja de su estado servil y mediante la dulce estratagema que mezcla zalema y coerción se ha convertido en la eminencia gris de los gobiernos. Si el chileno

Miguel Victoriano Lastarria achacaba al vestido de la tapada —uniforme femenino hasta más de la mitad del pasado siglo— *el poder que la limeña ha ejercido siempre en los destinos políticos y sociales de este país*, su equivocación sólo consistió en la errónea identificación de la causa del fenómeno de dominación femenina. Un traje no produce un hecho social, sino al revés. El caprichoso vestido de la tapada constituyó un medio de represalia, no, como es obvio, la represalia misma. Cuando la saya y el manto desaparecieron como atuendo, la presión oculta de la mujer sobre el hombre no cesó. Se le pudo advertir, cada vez que la aguja de la política señalaba el norte reaccionario, en cualquier hecho de efecto público y nacional.

¿Cómo podría no haber sido así? La instrucción, tal como ha quedado apuntado más arriba, comprometió a la mujer a acatar sin discusión la hegemonía viril y frustró toda abierta competencia del talento entre los sexos. Salvo el muy excepcional caso de Francisca Zubiaga, apodada *La Mariscala*, quien gobernó no por la interpósita persona de su marido, el mariscal Agustín Gamarra, sino en *vez de él*, la *revanche* femenina obró subrepticamente. Y su oposición a todo intento de derribar prejuicios y acelerar el rezago

nacional, a salir del estanco de la cavernaria beatería para la necesaria apertura laica, se centró en la limeña. Ella fue eco del confesor y la confidente, el oscurantista y la cófrade, el vejete y la priora, agentes de la llamada decencia, quienes supieron tocar en la patricia la cuerda más sensible, la de su sutil pero efectivo imperio sobre la voluntad varonil. Hubo, pues, una infraestructura femenina por bajo del sistema jurídico y consuetudinario perceptible, una suerte de basamento clandestino cimentado en el hermetismo de los hogares, entre cuyas paredes mil veces se decidió el curso de la historia patria. Claro que ciertas normas infusas y ciertas virtudes presidieron, ya nominal, ya realmente, este críptico matriarcado: la mujer para el exterior debía ser y parecer (o parecer solamente) manantial de inagotable bondad y comprensión, debía sacrificarlo todo —aun sus inclinaciones y cualidades— al mutuo entendimiento de la pareja, debía admitir con resignación, como incorregible particularidad masculina, la proclividad poligámica del marido, y debía soportar sin quejas, cual prueba penitencial, las flaquezas de aquél que Dios le había otorgado para compañero de toda la vida. En suma, estaba condenada a ser *naturalmente aristocrática* (María Wiese). Este código sólo

pudo ser burlado gracias a una hábil política conyugal (y, sin duda, no como ladinamente lo da a entender el dicho popular antes citado: organizando un *infierno de maridos*) que guardó las apariencias y ganó para la mano femenina, en último término, las riendas de la autoridad. Este maquiavélico comportamiento hizo acreedoras a las limeñas de epítetos de una vez irónicos y encomiásticos: *ángeles con uñas* (Esteban de Terralla y Landa) o *hadas de la gramática* (Paul Groussac), por ejemplo. Ellos destacan, a fin de cuentas, que tras el lujo, que les fue y aún les es distintivo, y en el ocio, donde la limeña de la alta burguesía aunque trabaje parece transcurrir, dieron un vuelco al orden y se arrogaron la supremacía. Dicha fuerza permanece ahora mismo intacta.

Con el advenimiento del capitalismo industrial y la seciente cosmopolitización de la ciudad se vio la mujer de Lima impulsada a aceptar nuevas formas de vida y a adaptarse de buena o mala gana a ellas. Hubo en el proceso un momento en que pareció que la rebeldía femenina iba a dar la cara y a pedir una intervención más directa en las cuestiones públicas. Todo era propicio para una acción semejante. La casa moderna dejó de ser la señorial casona donde los hijos acogían a

sus prolíficas familias; los bienes se hicieron dinero circulante, valores, acciones, papel en fin; el día o la vigilia se prolongaron alcanzando con sus tentaciones a la niña que antaño esperaba, en el balcón corrido y tras la celosía, al galán peripatético; la moda desterró mantas, rebozos, chales, mantillas y otras coberturas, y descubrió las intimidades que antes se recelaban como laurel para el dueño providencial; el deporte, el automovilismo, las técnicas simplificadoras, arrebataron a la joven del paseo gratuito y le dieron un pretexto para salir, orearse, buscar la aventura y, por cierto, encontrarla; la importancia aldeana fue cegada por éxitos de mayor alcance, la publicidad radiante, los viajes y su efecto despercudidor; el escaso francés para la lectura edificante resultó desplazado por el inglés básico del trato mercantil y el cinematógrafo, y el violín o el piano fueron a yacer del salón en un ángulo oscuro, arrollados por la pericia en el manejo del coche convertible o la máquina de escribir. Ya no reverenció en la cohorte tribal a la abuela octogenaria, ni le valió para nada el patronazgo experimentado de tía o tío, ni le hizo falta la mesurada alcahuetería de la ama vieja, menos discreta que el teléfono. Reinó el tuteo y la francachela de la camaradería con los amigos del barrio, la universidad o la

oficina, y en lugar del té crepuscular con las amigas convencionales, el sarao para pescar pretendiente y la visita al Santísimo, fueron instaurados el *cocktail party* (y sus variantes, entre ellas el nocturno *salchicha party*), el *flirt* sin consecuencias y la figuración en las columnas de sociedad de la prensa amarilla. Dislocado el ritmo de la existencia parroquial, todas esas antiguallas fueron a dar afortunadamente al traste, pero la casta oligárquica advirtió a tiempo que si bien valía la pena acoger todo lo novedoso, pues de hecho acarrearba consumo, había que mantener íntegros y en pie, al mismo tiempo, los fundamentos del régimen colonial, la gallina de los huevos de oro.

Ya en 1858 se produjo un primer intento de marcha atrás en lo que respecta a las costumbres. Un grupo de damas —y a modo de defensa, como no es difícil inducirlo, del sistema colonial redivivo— sacó de los arcones durante las festividades de agosto, dedicadas a Santa Rosa de Lima, las sayas y los mantos desaparecidos no hacía mucho. Luis Alayza y P.S., anacronista inveterado, se regodea porque la idea fue aplaudida en *El Comercio* de la época por *Todos Limeños*, anónimos firmantes de un suelto muy revelador. *Sin duda que el pueblo* —se decía en él, según lo transcribe Alayza—, *guiado por el*

natural instinto de simpatía a todo lo que es suyo y le pertenece . . . se lanzó novelero y frenético a rendirle los parabienes de su aparición . . . hecho que acredita que sabe distinguir el mérito del traje nacional, tan agradable como útil y económico, que por una aberración inconceñible se ha echado en olvido . . . La puntería estaba puesta, tal como se aprecia, contra la costura francesa, por ello sólo libertina. Pero la *aberración inconceñible* había comenzado y se multiplicaría e incrementaría en adelante. La casta, heredera en la República del poder virreinal, percibió que esta insignificante forma de la liberación femenina, que respondía a un imperativo del progreso, podía hacerse indetenible, porque así como los trabajadores iniciaron, a partir del ciclo industrial, las demandas que significaban una ruptura con el pseudo-paternalismo feudal, la mujer, la limeña especialmente, comenzó a fracturar el sistema oclusivo del sometimiento al hombre, que sólo había podido agujerear indirectamente merced al influjo hogareño. No vio el patriarca y sultán otro modo de poner freno a dicha revolución que anteponiendo a las ideas renovadoras las que la tradición consagraba como únicas, originales, nobles y moralísimas *altas virtudes de la mujer limeña* (tal es, poco más o menos, lo que la gra-

fomanía ha impreso). En el ilusorio, en el quimérico cuadro de la Arcadia Colonial se inscribió entonces la eminencia femenina, sus caracteres distintos y sin pareja, su ejemplar religiosidad, su pudoroso e irresistible atractivo, su mitología, en una palabra. En suma, el freno no fue legal sino espiritual. “La colonia —se dijo— fue un edén. Sálvemos lo que de ella nos queda y reverenciamos lo que desapareció por nuestra culpa. La mujer colonial, la tapada de devociones y astucias, fue angelical. Conservémosla como tal, copiando el paradigma de antaño.” En la estafa arcádica la limeña resultó así lo que es: protagonista de una imaginaria felicidad social.

De ahí que la mujer tuviera un desarrollo desigual: de una parte se modernizaba, se ponía a tono con su época en el vestido, los actos, la conducta pública, y de otra se aferraba a la falsa imagen de su ancestro. Rompía ciertas cadenas, tal vez las menores, pero luego de la migración juvenil retornaba siempre al viejo nidal, al yugo del casorio, a la obediencia despersonalizadora. No se produjo la liberación —que no es, como las mentes romas la conciben, infidelidad, negligencia maternal, pérdida de la feminidad, sino todo lo contrario y en el marco de la dignidad—, en virtud de lo cual el antiguo método de empi-

narse desde el matrimonio siguió siendo el expediente usado por la mujer para cobrarse la *capitis diminutio* humillante. Se sirve ella todavía del recurso de mandar desde el tálamo nupcial para orientar a su gusto, con el consejo íntimo, la coacción susurrada y quién sabe qué otros trámites, el pensamiento y la actividad de su hombre y del resto de los hombres. El matrimonio no ha dejado de ser el único oficio que la limeña desempeña con títulos académicos y en el que encuentra su finalidad ontológica. Los tiempos pasan, mudan las cosas, descaecen y surgen instituciones. mas la sociedad peruana, regida desde Lima, permanece. La Arcadia Colonial encauza el río de la historia y así como hace del capitalismo un castillo medieval hace de la muchacha que lee a Sartre o viaja en *jet* una tapada sin mantón.

Porque si ayer la limeña aspiraba a revolotear, cubierta su identidad bajo el rebozo de Manila o China, oteando con un solo ojo pícaro la aldea y sus figurantes, la larga falda hasta los torneados tobillos y un brazo desnudo como muestra tentadora —persiguiendo así, sin demostrarlo, el “buen partido” disponible—, hoy quiere campear desde la desnudez de un fugaz reinado de *Miss*, el cual procura publicidad, popularidad y vanidad, para alcanzar el mismo galardón que su an-

tepasada, el enlace con el pudiente, y, por intermedio de él, la situación pudiente para ella misma. Entre la tapada tradicional y la postulante a "Miss Perú" no es tanta la diferencia que hay como lo lamentan los críticos de las costumbres contemporáneas. En el fondo —y esto es lo importante— la *limeña cariñosa* (Max Radiguet) personifica el pasado. Y Lima es el pasado porque es femenina, porque la opresión opera aquí de modo femenino. Elucidando este carácter, precisamente un limeño ha inquirido: *¿quién habla ahora de la debilidad de las mujeres, cuando sabemos que ellas han logrado la proeza de mandar obedeciendo, ordenar rogando, imperar humillándose?* (Luis A. Sánchez).

VII. EL DESIERTO HABITA EN LA CIUDAD

Y no es enteramente el recuerdo de sus antiguos terremotos, ni la sequedad de sus cielos áridos, que nunca llueven; no son estas cosas las que hacen de la impasible Lima la ciudad más triste y extraña que se pueda imaginar. Sino que Lima ha tomado el velo blanco, y así acrecienta el horror de la angustia.

HERMAN MELVILLE
[*Moby Dick*, cap. xxviii]

Imaginad un desierto de arena que se extiende a lo largo del Océano por más de dos mil millas; a la mitad de esta escuálida costa imaginad un oasis de una cincuentena de kilómetros, rico en la más lujuriosa vegetación tropical, y en medio de este oasis una metrópoli incierta, risueña, civilizadísima, aunque aislada del mundo (A. Barazzoni): así veía Lima, en síntesis sumaria, un viajero italiano de 1931. Sin duda aquella lujuriosa vegetación tropical la fraguaron sus ojos con la multiplicidad florida —todo el año la humedad del aire ensaya en Lima renuevos de flores—, y la condición civilizadísima de la capital peruana la dedujo el forastero del buen trato que

mereciera por parte del grupo social del cual fue huésped, pero descontadas estas dos gentiles y muy meridionales exageraciones, la descripción panorámica es justa. Pero ninguna ciudad es únicamente su marco geográfico ni simplemente su paisaje urbano, sino sus gentes, y si el primero es prácticamente incommovible y actúa sobre la materia humana modelándola mediante prolijos golpes, el segundo es como una caligrafía en cuyos rasgos es dable descifrar la incógnita de un espíritu colectivo, de una cultura que suma y condensa individualidades, clases y épocas. El medio natural influye en los hombres y los hombres le replican en urbanismo y arquitectura. En el intercambio, lo humano, que es lo que nos interesa, queda inscrito documentalmente. Y Lima —naturaleza y ciudad— es así: una tregua en el arenal, un latido en la soledad, una sonrisa en la adustez de cielo y tierra. Un dicho popular español la consagró como el postrer hito visible del universo: lo inaccesible y distante está, según él, *más lejos que Lima*.

Desde la altura el oasis limeño no es, como sería normal suponerlo, un esguince verdeante en el yermo: *creeríase contemplar una ciudad en ruinas que acaba de ser destruída por una gran catástrofe. Esas casas bajas con techos chatos cu-*





biertos con una capa de barro, y los gallinazos calvos y de lúgubre plumaje que coronan las techumbres, contribuyen a hacer más completa esta ilusión (Ernest Grandidier). Y tal como lo advertía este visitante de mediados del XIX, la contempla el que por avión llega hoy mismo a ella, ya que si, en efecto, en el casco central de la ciudad aproximadamente la mitad de las terrosas azoteas han sido reemplazadas por el cuadro superior de los cubos de concreto de la edificación moderna, las barriadas populares chorrean paralelas al río desde los cerros eriazos y melancólicos el terral de su miseria, y cercan por otros puntos la urbe con su polvo, su precariedad, su tristeza. Y aunque el techo limeño —plano porque la ausencia de lluvia nunca obligó a nadie, salvo a los esnobistas, a coronar las casas con la doble vertiente— tiene su literatura, nada lo libra de su fealdad, ni siquiera el amor de los niños que, al modo del desván del entretecho de otras latitudes, lo disfrutan como misterioso país de sus juegos mágicos. El desierto se instala en aquellos espacios de cara al cielo, entre los débiles paramentos de yeso y las trémulas palizadas medianeras, y no lo vencen las voces infantiles ni la alhaca de gallinas, perros, gatos y otros animales —entre los que ya no se cuenta al ilustre galli-

nazo— que en aquel predio tienen su sede y su desahogo.

Y pues no hay ahí posible vegetación, porque pronto descaece y muere, sólo se trata de una breve planicie, interrumpida por las ventanas *teatinas* que recogen el aire del Sur y por las farolas o tragaluces que ciernen el día, destinada a pudridero doméstico. El colchón despanzurrado, los diarios viejos, las botellas vacías, los muebles cojos y de herido tapiz hallan en el techo, a la intemperie, la tenaz garúa, el polvillo flotante, la fría neblina. Acaban todos juntos por uniformarse, descoloridos, con el borrón pringoso del contorno, y pese a mucho esfuerzo poetizador—dentro del cual un magnífico cuadro de Ricardo Grau titulado *El ángel del techo* es representativo— nunca dejan de ser lo que desde una cima cercana o desde la nave aérea se ofrecen siempre al ojo extraño. Es decir, un conglomerado cenizo que continúa los monótonos médanos según un ritmo urbano propio.

Como la ciudad fue trazada a cuadrícula, proyectada como por un aritmético sin imaginación en un papel liso (117 manzanas de 450 pies de lado), siguiendo esta pauta la continuaron las siguientes generaciones no se sabe por qué enemigas de la curva y, en cambio, satisfechas del

mandato sin ondulaciones del terreno. Por eso es que aunque la mayoría de los recién venidos elogi6 siempre los balcones, los miradores, las torres, la coquetería del afeite arquitect6nico, asimismo deplor6, casi unánimemente, la rectilineidad del plano. Este, si nos atenemos a la autoridad de Lewis Mumford que atribuye caráctér militar a semejante disposici6n urbana, queda explicado por la circunstancia bélica que rodeaba a las fundaciones de Pizarro y su gente, pero sólo la beatería hacia la obra del capitán extremeño da raz6n de por qué después, y aun durante regímenes estrictamente civiles, la orientaci6n, según la norma inicial, y en el sentido del eje Norte-Sur tal vez debido a *un plan subconsciente* (Aurelio Mir6 Quesada), fuera constante y aun empecinada. Es evidente con relaci6n a la Lima de antaño y hogaño que *Sus casas en calles curvas producirían un efecto imprevisto* (Charles Wiener), mas la rutina busc6 su compensaci6n y, a despecho del alineamiento, surgi6 la envanecida construcci6n limeña. La rigidez impuesta por la fatalidad fundadora quiso ser burlada por el gusto palaciego: el desierto puso su impronta en el tiro de las calles, mas en vano lo trat6 de contradecir, con pompa y ornamento, el cortesano triunfante.

El gusto limeño es el asimétrico, el extroverti-

do, el sensorial, o sea, el que se manifestó en los adornos de dentro y fuera de la mansión, el palacio, el convento y el templo. De tal manera, la ciudad oteada desde lejos —como se la ve en tantos grabados— simuló una población morisca de bulbos y encajes, *tal como si fuera una fiel réplica de Damasco o de Bagdad* (José Sabogal), y habitada luego, en gracia del familiar hospedaje, dio pábulo al hallazgo de consanguíneos parentescos con Andalucía, de la que, sin embargo, una mente tradicionalista la consideró *reflejo borroso y pálido . . . disfrazado y contrahecho* (Riva-Agüero). El plateresco y el barroco se ablandaron aquí —también, por cierto, los otros estilos sucesiva y arbitrariamente importados—, pues merced a la carencia de material sólido (piedra o mármol) tuvieron los proyectistas que resignarse al ladrillo, a la madera, al yeso y sobre todo a la *quincha* (*tabiques de madera forrados con caña y enlucidos con barro*. Héctor Velarde). Aquellos afamados patrones resultaron así sólo una surtida combinación de pastelería.

Los célebres balcones —corridos, cerrados, encajonados, esquineros—, que tanto cuidado merecen hoy de parte de generosos y románticos limeñistas que tan justamente reclaman protección para esas reliquias, son raros pero no bellos,

son notorios pero no excelentes. Es precisa, pues, la descripción que un observador contemporáneo hace de ellos: *Uniformemente revestidos de un pardo chocolate, no ofrecen sino la apariencia incongruente de grandes aparadores de vidrio colgando fuera de las casas, donde parece que no hubieran podido ser introducidos* (Michael Beveiller). Tampoco las ventanas de reja —a diferencia de las de Trujillo— son dignas de una particular exégesis. No supieron los limeños, sus alarifes primero y sus arquitectos después, encontrar como querían, para negar al desierto, una arquitectura con la substancia propia del asiento, como lo habían hallado —H. Buse lo ha podido demostrar— los habitantes prehispánicos de la región. Prefirieron remedar con lo insuficiente los modelos que en las pupilas traían los inmigrantes y que imaginaban por los indicios de una lámina quienes aquí habían nacido. Y el *pastiche* se hizo —cosa difícil— como quien hace de tripas corazón. Así quedó eso: palacetes y basílicas desafiantes a las que hacía danzar o descuajaba el temblor al compás de sus remezones, nobles casonas almidonadas cuya mampostería la polvareda y el aguaje jaspeaban de moho, monumentos presuntuosos cuyos retorcidos alamares perdían con los años la costra superficial desnudando la humilde

osatura. El barroco limeño, *estilo medio, bastardo*, cuyo ideal armoniza muy bien con una *tendencia del alma criolla, la decoración ostentosa* (Carlos Wiessé), fue de utilería, como conviene a su sentido más bien *escenográfico* (Héctor Velarde).

Velarde ha señalado lo más característico que de cada centuria sobrevive en la arquitectura civil de Lima: de los siglos xv y xvi, la Casa de Pilatos, el *ejemplar de mansión solariega más antiguo que se conserva*, en el cual excepcionalmente priva una sobria autenticidad; del xvii, el Palacio de Torre Tagle, donde con el barroco se alternan y practican la confusión *los aportes andaluces, moros, criollos y aun asiáticos*; del xviii, la Quinta de Presa, en la que la residencia campestre limeña *se transforma en "petit chateau" versallesco . . . pero con gruesos perillones mestizos y anchos maceteros como tinajeras de barro*. En resumen, el caos, el no-estilo. Pero la mescolanza prolifera en el xix y el xx en que la ciudad de acuerdo al ordenado esquema de José García Bryce, se disfraza de clasicismo a veces pompeyano —con ornamentos fabricados en serie—, en una primera etapa; se hace académica, en una segunda: estalla en casas tudor, suizas, californianas y neo-coloniales, en una tercera,

y desemboca al fin, en una cuarta, en el famoso estilo *buque* o en el no menos susceptible de abominación abusivamente apodado futurista o cubista. Durante la era republicana lo que la efigie de Lima perdió en cuanto a monotonía ocre y terrosa de páramo, lo recuperó con la grisura del cemento, que si bien no incuba podre tampoco admite pátina de ninguna nobleza colorística. De la ciudad rectilínea pero exultante de aderezos —falsos aunque pintorescos— hemos venido a parar en una ciudad moderna con idéntico trazado geométrico mas sin los rizos, encrespamientos, salientes, molduras, abovedados y distorsiones que inspiraron un memorable insulto: *soltera de ochenta años* (Federico More).

Todo este rodeo tiene aquí como objetivo derivar de la condición delusoria de la arquitectura colonial, a la cual se acostumbra otorgar tantos títulos gloriosos, el hecho incontestable de que no fue sino un barato contrapeso a la uniformidad del marco geográfico y a la pobreza de fantasía urbanística de los conquistadores. Equivalencia, además, también tediosa y monocorde, pues no significó creación sino mera rapsodia, mero hilván, mero simulacro sin futuro. Por eso no trascendió: la tiraron abajo los sismos, la putrefacción, la polilla, los alcaldes. No valió nunca gran cosa,

pero el mito no iba a reparar en tan minuciosa distinción cuando comenzó a embaucarnos. Más bien convirtió a la arquitectura limeña, porque así convenía el gran infundio, en mirífica conjugación de oro y ventura, en deslumbrante radiación que, aun perdida, podía reaparecer en la pantomima como un sol paradisíaco. El invento del estilo neo-colonial no fue por ello, ni con mucho, *la revalorización de un patrimonio* (José García Bryce). Por el contrario, el esfuerzo por salvar el virreinato y sus formas de toda insurgencia sustantivamente nacional también tuvo arquitectura. A la Arcadia Colonial no le interesó otra cosa que la actualización del ayer, volviendo para ello de revés al tiempo, porque el tiempo que deviene sin controversia pasatista pone en evidencia más y más que la humanidad —y el Perú, y Lima— quiere y requiere una revolución. Considerar el neo-colonial como búsqueda del patrimonio es igual que conceder un mínimo de valor a experimentos típicamente retrógrados —a más de desquiciados— como el de la llamada Casa de la Tradición. El fenómeno merece un párrafo aparte.

En un barrio residencial y tras los artificios de una mansión neo-colonial descabalada, se esconde una réplica de la Plaza de Armas tradicio-

nal, de sus edificios religiosos y cívicos, de su fuente, sus faroles, sus bancas y sus árboles, todo dentro de una escala pueril y como taimada exhibición de fachadas, portales y balcones. Es ese demencial juguete una especie de postal corpórea, al parecer de unos, de maqueta o decoración teatral, de acuerdo a otros, en donde se violenta tanto la realidad, mediante la fábrica hechiza y la enana desproporción, que envuelve a sus habitantes y huéspedes en un clima de pesadilla. El conjunto oprime la perspectiva habitual del ojo humano o quiebra la lógica con desarmonía exigente. ¿Con qué fin el propietario levantó tan peregrina réplica, a la que hizo nombrar “Casa de la Tradición”? La denominación lo dice todo: intentaba aquel ingenuo rescatar del fondo irreversible del tiempo la colonia, cuyo corazón fuera, en cierto modo, aquel espacio oficial y público. El mismo mecanismo, en esencia, que movió a ciertos arquitectos a *reconstruir* la misma plaza magnificando los edificios y tornándolos pesada y agresivamente coloniales, como nunca nadie los vio. Por la ampliación o por la reducción, en algunos tradicionalistas, debido a una incontrolada neoplasia de la nostalgia, actúa la voluntad de *situar* su sueño retroactivo para poseerlo o para ser poseído por él. En tal extremo, el amor linda

con la paranoia.

En la arquitectura ha regido la misma quimera de la dicha perdida de otros órdenes, y se ha pretendido retrotraer el pasado al presente para anular de éste lo que posee como apuesta de la esperanza, lo que constituye como puerto de partida hacia nuevos horizontes. Aquí, en este campo, sin embargo, el medio geográfico tiene su fuero. Así como la pampa se presenta atravesando el asfalto de Buenos Aires, según previene Jorge Luis Borges, el arenal rompe en Lima la vestimenta citadina y asoma por entre la arrogancia de la construcción lábil y quebradiza. Podemos leer en las calles de Lima, en los rasgos de su perfil urbano, que si bien los ensoberbecidos limeños quisieron superar la fatalidad de la plana topografía y del cuadrículado militar por ella dirigido, lo han hecho, no persiguiendo su razón histórica, su destino, sino inventándose a sí mismos conforme a un modelo sonambúlico que la realidad refuta y refutará siempre, sin piedad. Como un dibujo en la carretera, en el *Kakemono* de la Panamericana, como ha escrito Lavinia Riva, Lima está en el desierto —*El Perú es un país de desiertos, sin continuidad de medio habitable* (Emilio Romero)— y el desierto, como un fantasma, habita en la ciudad.

Exceptuados unos cuantos nombres realmente representativos, la literatura y hasta la poesía de Lima se han definido como satíricas pero en el nivel comedidamente festivo. No es por azar que este carácter fue incorporado a los géneros y menos debido a ignorancia de la preceptiva, como podría parecer, que por afán de hacer de una actitud típicamente clasista el irrenunciable espíritu de la ciudad y sus pobladores. Pero la nueva crítica literaria, antecedida por el valioso esclarecimiento de José Carlos Mariátegui, comienza ya a precisar, sin previos compromisos, el origen y el sentido de aquella expresión: *La sátira es nuestro modo tímido, menor, de practicar la crítica de costumbres (social), generalmente impedida por un cúmulo de prejuicios y tabúes que proliferan excepcionalmente en el suelo peruano...* (José Miguel Oviedo). Sabemos bien, además, por qué razones el limeño ha sido inmovilizado con tales prejuicios y tabúes, cómo debido a éstos se han levantado grandes ídolos sacros, quiénes han labrado dichos fetiches y llevado sus efigies

al ara de la tradición. La conspiración colonialista no habría tenido éxito sin sus letras, ni su prosperidad hubiese sido practicable de faltarle el auxilio de todo un eficaz aparato universitario, académico y erudito. Con Palma al centro, como un sol, el sistema ha funcionado hasta ahora a la perfección: su rigor orbital fue consagrado por el plagio sucesivo desde una primera y espesa fuente de muletillas, la que hizo correr de su plumarada Menéndez y Pelayo. En torno al astro, primero Caviedes, el libelista del xvii, cual Mercurio calcinado por las lenguas ígneas de la estrella axial; Terralla, Larriva, los repentistas, después, son ahí Venus mínimas pero rútilas; Pardo y, en menor grado, Segura, ambos en el amanecer republicano, constituyen enseguida formas de la Tierra, y de Arona a Yerovi, por último, circunvalan la luz prístina, a imagen de Marte, y ya en la penumbra y el frío, múltiples planetas.

Toda la sátira limeña optó por la burla frívola, por el chiste rosa, y parejamente rehuyó el humor negro y mordiente del que *castiga riendo*. Salvo Caviedes y tal vez Segura —incluidos por el academismo en el cuadro, pues no se halló pretexto para escamotearlos—, todos los escritores de Lima en el orden costumbrista tuvieron especial menosprecio por lo moderno y se jactaron de su vene-

ración a los tiempos idos, sus gollerías y sus ocios. La repulsa de los nuevos usos (la República, el bolivarismo, la igualdad, el criterio laico, la máquina) fue contumaz y escondió un parsimonioso antídoto contra el progreso: la moraleja conservadora. Para nuestros censores resultó reprobable cualquier liberalidad. Pardo ilustra en una comedia (*Frutos de la educación*) esta negativa a acatar la renovación: entre un tieso novio inglés y la afición a cierto movedizo baile nacional, hay que elegir el novio inglés, porque el baile equivale a la barbarie. No es, pues, la *tradición* palmiana el único producto de *un hondo sentimiento de inferioridad social* (José Miguel Oviedo), sino que la literatura festiva, que sólo concibe a la sociedad muy jerarquizada, estanca e imperfectible, se nutre de idéntico sentimiento. Ello implica, por supuesto, la renuncia a dos dimensiones de la potencialidad creadora: su calidad testimonial y su instinto universal. El país real no fue para nuestros satíricos sino borroso *back ground*, ralo tintero de color local. La humanidad que, en versos, escenas y artículos, propuso como paradigma fue espumada de la crema aristocrática y contrastada con el inmediato y mimético *medio pelo*, jamás requerida del macizo fuerte, rico y vital del oscuro pueblo. La inferioridad a que se alude

está dada por la supeditación al cerrado sistema que es su presupuesto y por la respectiva dimisión del deber y el derecho a denunciar la injusticia que de ahí se infiere. Lo que pudo ser literatura social sólo alcanzó, por tanto, el grado de reprimenda autoritaria. Y no fue nada.

Esa literatura comprometida con el orden arbitrario, no con la libertad, no es, como se nos ha querido hacer creer, natural. Por el contrario, y a redopelo, obró desde su artificio sobre la voluntad de las gentes disponiéndolas a la risueña consideración de todo lo que encarnaba vivas esperanzas. *Tuvimos patria y república en solfa* (Raúl Porras Barrenechea) porque anteladamente ambas fueron república y patria caricaturizadas por la sátira. Claro que la ironía siempre fue limitada y la risa nunca estalló en franca, iconoclasta carcajada. Así nació la *lisura*. Porque, ¿qué es en esencia *la lisura limeña*? No la interjección airada, ni la palabrota rotunda, ni la escabrosa exclamación, ni el esperpento deforme, sino todo lo contrario, tanto que la habitual blasfemia española resulta un crimen si se la compara con esa maliciosa hechura del desahogo humoral que punza como el florete y que, sin embargo, formalmente, no acusa herida ni entraña ataque a cara limpia. Imposible definirla si no es descri-

biéndola: *Es un modo de decir chispeante y ligero, que no alcanza nunca a ser pesado y malévolo, y que en las mismas lesiones que causa burla burlando pone, al mismo tiempo, el bálsamo que palia y cicatriza* (Max Radiguet). En síntesis, cura en salud y se contradice, pues golpea y acaricia, agravia y se excusa, afrenta y se rectifica. La etimología del término es obvia: *frescura, llaneza, desenvoltura, desvergüenza, desacato, atentado* (Juan de Arona), ya que alude a la superficie lisa, merced a la cual es posible tocar el orgullo, la soberbia o la endeblez moral ajenos sin desgarrar sino lo estrictamente indispensable. De lisuras está hecho el lenguaje cotidiano del limeño —y principalmente de la limeña, según está aceptado—, y como lisura se ejerce por los moralistas la condena de las malas costumbres. Ninguna cultura —cultura es ya se sabe, dinámica interacción de afirmaciones y negaciones— puede erigirse sobre un semejante terreno de condescendencias, en el que como una sola floración brotan el repudio polémico, el remoquete animadverso, la respetuosa divergencia, la respuesta coqueta, el odio condenatorio, toda diferencia grande o pequeña entre personas o bandos. Decidir que tal es el natural modo limeño de ser contrincante es, a primera vista, fundar una deseable

reconciliación de los diferentes hostiles, mas el inventario de la lisura nos revela un contenido que conlleva una secreta atadura: impedir la protesta, segar la rebeldía y la violencia creadora de las mayorías en su nacimiento. Como es lógico, el expoliado que insurge con la potencia de su dolor y el que lo defiende por la razón de su causa no se andan con lisuras. No pueden darse en este caso disimulo en el pensamiento ni cortesía en la conducta. La historia no se admite como “baño de María” de palabras y obras. En consecuencia, para el consenso de los quimeristas del colonialismo, los pueblos en pie quiebran un principio de la asociación edénica: el de no llamar jamás realístamente *al pan pan y al vino vino*. La primera desidencia auténticamente revolucionaria surgida en Lima nos conminó, por eso quizá, *a romper el pacto infame de hablar a media voz* (Manuel González Prada).

Esa media voz es también media acción, y por las mismas causas. Una medida en la conducta que no es la francesa, equilibrada por el juicio, sino la criolla, regida por el miedo, debido al cual *un limeño nunca os dirá sí o no* (Federico More) y retrocederá *ante la idea de vertir sangre de su enemigo* (Manuel A. Fuentes). Aparentar, adular, complacer, uniformar, constituyen aquí re-





PUSIERON AL DESNUDO LA HUMILDE OSATURA

LOS SISMOS, LA POLILLA, LOS ALCALDES



Fotos Jesús Ruiz Durand

glas de urbanidad. El exceso, positivo o negativo, y la demasía, aunque fuere la creadora y avasallante del genio, se tienen por ejemplos de vulgaridad o demencia. Prevalece en el tratamiento interhumano un convencionalismo que nunca prescinde del saludo, que suplica el servicio voluntario u obligatorio, que agradece puntualmente la deferencia merecida o no y que se muestra como *respeto casi instintivo* (A. Barazzoni) hacia el señor. Pero este lado grato de la relaciones esconde su pequeña monstruosidad. Si la *falta de presión exterior* (Héctor Velarde) consiente el crecimiento, como el del sapo de la fábula, de falsos valores, que luego se desinflan sin pena ni gloria, el mismo hecho recuerda que también las estaturas intelectuales y morales adquiridas por mérito no son bien vistas por el tribunal de la casta mandataria. El limeño promedio aspira por ello, a la discreta estimación social, pundonor que los sociólogos del mundo contemporáneo indican como característico de la organización burguesa pero que en Lima —en América Latina— es igualmente residuo de aquel *ir a valer más* (José Durand) que atrajo al Nuevo Mundo a los aventureros de la conquista y el virreinato. Si se es médico, por ejemplo, el acierto diagnóstico y terapéutico bastan para atraer una honra tan amplia

que el ascenso por cualquier otra vía (la política o la literaria, pongamos por caso) está asegurado de antemano. No escandalizar con la heterodoxia, el inconformismo o la libertad brinda el prestigio que en vilo conduce a mejores estadios sociales y económicos. La norma manda comportarse medida, respetuosamente, sin exageraciones exteriores, sin saltar las etapas en la promoción que, a falta del linaje, se ha hecho imperativo cumplir. Y tal cual para la opinión mordaz ha sido establecido el valladar de la lisura, para la actuación pública ha sido trazada una frontera artificial cuyo franqueo arroja al individuo o el grupo en la *huachafería*.

El recién mentado es un peruanismo que reúne en un solo y pleno haz los conceptos de cursi, esnobista y ridículo. *Huachaf* no es término viejo (se le atribuye al periodista Jorge Miota, de la primera treintena de este siglo) mas su admisión en la lengua viva ha sido apoteósica. Está en el habla diaria y excepcional, culta y popular, ofensiva y cariñosa. Se ha dicho que *la pobreza no es huachafería* (Ezequiel Balarezo Pinillos), pero se ha callado que es sobre todo entre los pobres donde los satíricos la advierten. Y es explicable. Si el pobre se queda en pobre, acepta la pobreza y la reconoce como prueba providencial, imper-

térrito fatalismo o naturaleza irrecusable, no habrá peligro de que amenace de ningún modo el estado de cosas que la determina. Ahora bien, si el pobre pretende salir de esa situación y niega su pobreza como destino, se le abren dos caminos: la subversión contra los opresores o la infiltración entre ellos. La primera equivale a una guerra y se la libra negando la legitimidad de los poderes y sus estamentos. La segunda es una maniobra y se ejecuta mediante ardidés. Por ejemplo, mediante la imitación de aquéllos entre quienes quiere el advenedizo situarse. Para ser lo que no se es se precisa de un disfraz. Demos una mirada alrededor y hallaremos decenas: la dependienta de tienda que remeda los modelos de la damisela de las fiestas de sociedad, el burócrata que se reviste de forense gravedad verbal, el pequeño burgués que acomete su casita propia copiando en modesto los regustos arquitectónicos del palacio, el grafómano que redacta con hinchazón y vacuidad porque supone que así es una pluma académica. Estos son casos de disfracismo en posesión de la categoría que no se tiene y que se presume superior aunque de hecho no lo sea. Lo postizo, es, en último término, huachafo, y según las previas categorías constituye antes lo *huachafito*, lo *huachafoso* y lo *huachafiento*. Importa pues la in-

tención que dirige el mimetismo arribista. Juez excesivamente pegado a la letra para presumir, huachafo; madre que selecciona los futuros yernos por el apellido (sin que el propio tenga alcurnia), huachafa; hombre o mujer que en cualquier ocasión procuran exhibir cultura o cosmopolitismo, huachafos. Está bien. A fin de cuentas, el apelativo sujeta el desborde mediocre. Pero no se olvide que también cierra una ruta hacia la toma de la fortaleza oligárquica y al cobro de los puestos de mando hasta ahora reservados a los progénitos de la casta colonial, que alguna vez fue de intrusos, remedadores y, por ende, huachafos. He aquí el sentido del *huachafismo*: lo califican despectivamente quienes desde la cima que detentan arbitran el favor del escalafón y, avisándolo, se defienden, mas también encarna la aspiración, de contenida agresividad, de quienes intentan escalar dicha cumbre social. A veces, de acuerdo al terreno, la lucha de clases asume, como en el caso expuesto, formas insospechadas: éstas, de índole semántica, aparentemente inocuas, son peculiares de Lima.

El ciclo se cierra: *sátira-lisura-huachafería*. El encadenamiento no se ha establecido por mera casualidad. Desde muy atrás lo mueve la coacción estructural del país guiado por Lima, por su Ar-

cadia Colonial, y se empareja perfectamente, además, con el último propósito del mito. La compulsión echa mano no tanto de la fuerza bruta cuanto de la sutil buena conciencia farisaica que pide adoración y rendimiento y que los enseña en la tácita o explícita moraleja. De cualquier satírico festivo limeño —de cualquier señor limeño, vale decir— se puede afirmar lo que José Carlos Mariátegui dijo del no se sabe por qué ilustre Pardo: *Toda la inspiración de su sátira procede de su mal humor de corregidor o de encomendero a quien una revolución ha igualado, en la teoría si no en el hecho, con los mestizos y los indígenas. Todas las raíces de su burla están en su instinto de casta. El acento no es el de un hombre que se siente peruano sino el de un hombre que se siente español en un país conquistado por España para los descendientes de sus capitanes y de sus bachilleres.*

Un industrial francés, M. Maury, tuvo la idea de ir a ver a las familias ricas y proponerles tumbas de mármol esculpido. Esto tuvo un gran éxito. Uno era general, otro un gran capitán, etc . . ., todos héroes.

Si vais ahora a Lima veréis un cementerio como no hay dos, y aprenderéis todo lo que hay de heroísmo en este país.

PAUL GAUGUIN
[*Avant et Après*]

¿Qué limeño, de niño, no ha temblado de terror oyendo los cuentos de *penas* con que, en la sobremesa nocturna, distraen —o distraían, hasta el advenimiento de la televisión— sus ocios nocturnos los mayores? Recuerda el autor de estas páginas aquellas historias de aparecidos, horrendos duendes, bultos trashumantes, broncas sombras, lucecillas raudas, y piensa que, a pesar de que fantasmagoría semejante ha llenado la noche de otros pueblos, aquí estas extraordinarias narraciones son algo más que formas del folklore tenebroso de las mentes primitivas, mágicas. Nuestros cuentos de fantasmas están unidos estrechamen-

te, en verdad, a la incultura, el subdesarrollo y la religiosidad azorada, pero puestas entre corchetes estas tres condiciones una más queda en evidencia: la que se vincula con el culto a los muertos. Ella prevalece en Lima y, en esencia, nos supedita por otro conducto al enajenante pasado. El áureo tiempo que se nos ha obligado a reverenciar —la arcádica Edad de Oro de la colonia— está identificado con la fantasía de los difuntos o entes sobrenaturales que aparecen a la pávida vista limeña. No hay irreal presencia que enseguida no se relacione, en el receloso juicio del vidente, con dinero oculto, con botijas llenas de monedas, con joyas y pedrerías preciosas guardadas, siglos ha, sin finalidad expresa por solitarios usureros. Estos, avaros o no, vuelven por sus pasos a los lugares donde emparedaron su tesoro y así, cándidamente, proporcionan la pista para el codicioso saqueo. Ha ocurrido alguna vez, como es lógico, que alguien se ha puesto a picar un viejo muro, un piso apolillado o una viga cansada, y la herramienta se ha dado con un arcón o un cántaro colmado de pesos o lingotes, pero estos hallazgos no han sido, numéricamente hablando, tantos como *penas* han oído y visto los limeños.

El *tapado* o *entierro* fue siempre institución, y todavía, sobre todo en las zonas urbanas donde

perduran casas antiguas, la increíble visita ultraterrena se comenta como prodigio y como indicio de soterradas riquezas. Una suerte de rabadomante profesional suele ayudar en la búsqueda del dineral ocioso. La devoción, pues, por las almas del purgatorio —las *ánimas* que en algunas iglesias tienen altar— se traduce en un doble aspecto: piadoso, pues aspira a salvarlas del castigo, y lucrativo, ya que les solicita la confianza afortunada. En el viejo colegio de los agustinos —ahora convertido en “galerías comerciales”— había un patio que los muchachos, promoción tras promoción, llamaron de La Bomba. Era el último de cinco grandes claustros, colindante con el templo (en cuya sacristía se exhibe, en penumbra, la escultura de “La Muerte” de Baltazar Gavilán) y accesible sólo por un umbrío callejón: a un lado, sobre los portales, se encontraban los gabinetes de ciencias naturales y de física y química, no menos téticos que la sala misma debido al abigarramiento de aparatos, animales disecados y herbarios que allí había. En dicho sitio, según la cuita escolar, solía venir al mundo la estampa alucinante del *cura sin cabeza*. De acuerdo a los datos de aquellos que lo habían visto —o mejor, de aquellos que habían sido convenientemente informados por los que lo habían visto—, el fraile

fantasmal caminaba decapitado a la intemperie y llevaba en sus propias manos, a la altura del pecho, como quien conduce una inocente pelota, su testa con un rictus sonriente en los labios. A criterio de estudiantes no podía haber otra razón para que el ensotanado retornara a su antigua casa conventual que vigilar personalmente, con los inmóviles ojos de su cabeza exangüe, cierta riqueza en incógnito recaudo. A partir de las seis de la tarde no había valiente que se atreviera a ir solo hasta La Bomba, y los maestros, que se sepa, nunca admitieron la existencia de aquella pena aunque tampoco la negaron. Supongamos indulgentemente que la leyenda les sirviera para mantener la disciplina entre la muchedumbre impúber a la que debían, según parece, educar. La anécdota es útil en cuanto testimonia la índole materialista de estas almas extravagantes.

Es pues curioso cómo en Lima el culto a los muertos se relaciona con un interés pecuniario y de qué modo éste lo pone en contacto con la edénica fábula colonialista. La trampa histórica ha estimulado el culto, incorporándolo al bagaje del tradicionalismo: *Las "penas" con su cortejo de ruidos que anuncian entierros, aquellos "tapados" con que sueña la imaginación popular, pertenecen, pues, al repertorio criollo. Renunciar*

a ellas es quitarle a Lima uno de sus aspectos más pintorescos . . . (César Miró). Debiera decirse, más bien, que dicha renuncia —inevitable a la hora en que el sortilegio colonial sea conjurado por la liberación intelectual del pueblo— significará quitarle a los limeños las cadenas que los atan al hechizo pasado. Los muertos son, en el más aceptable aspecto del mito funerario, manes familiares o de clan, raíces de la vida clavadas en la tierra ancestral, en la cual yacen los antepasados, a cuyo polvo ellos se reincorporaron, cumplido el ciclo de la existencia, para fecundarlo y asegurar la continuidad de una cultura. De ninguna manera, constituyen, como en Lima se cree, pruebas directas y fidedignas de que el pretérito fue feliz, abundante y pródigo. El más allá es siempre borroso y toda encarnación de sus espíritus —si es que en esa inaprensible latitud hay espíritu, cosa de la que aquí respetuosamente nos permitimos dudar— no puede responder a ningún compromiso con el sistema económico y social reinante en una comunidad y con quienes lo manipulan a su antojo y provecho. Pero a diferencia de otros pueblos, la muerte para el limeño debe entrañar una concreta promesa de dicha, no impersonal y metafísica, sino de goces reales, inmediatos y patentes. Sólo con la mira puesta en este

premio, que ha de serle otorgado a plazo más o menos fijo, se resigna a vivir como vive. Un concepto así de vida y muerte reclama que la descomposición de la carne no se complete, ya que es inevitable, con la integración de la materia corporal al magma, al humus, a la tierra. Se prefiera que el polvo con nombre y apellido quede separado, diferenciado, individualizado y archivado, ajeno al polvo que el viento dispersa. Tal vez por eso nuestro cementerio parece un archivo: dividido en blancos monobloques en que los nichos se yuxtaponen en simétricas filas e hileras, ahí están independientes, tras la puertecilla de mármol que cierra las hornacinas, los ataúdes. El cadáver, claro, será pasto de los gusanos, perderá su envoltura carnal, la osamenta postrera se irá deshaciendo y no quedará nada del que fue. Mas los deudos siempre sabrán que el incoloro detritus que está guardado es uno y no otro, mereció tales o cuales honores, tuvo rostro y figura diferentes. Magnífico ejemplo de esta precaria supervivencia corpórea, en la Catedral yacen los supuestos despojos de Francisco Pizarro: reseco rostro desorbitado, escasa pilosidad del gran barbado, enjuta persona perdida en arca de vidrio. La Arcadia Colonial no lo quiere saber completamente muerto. Duerme, sale a pasear, retorna

al lecho y no se deslustra como la dorada ciudad que dicen —que mienten— que él fundó.

Humorista hay que ha encontrado el origen físico, orgánico, de las penas limeñas achacándolas a morosas digestiones de copiosas cenas de menestras, y científico hubo que se las asignó al calor veraniego. Las hipótesis valen como parciales aproximaciones al problema, pero no dejan resquicio, tomadas en serio, para interpretar otras manifestaciones del peculiar culto limeño a los muertos. Una es la presencia obstinada del motivo funerario en el *vals criollo*. Hasta hace poco —exactamente hasta que sobrevino la modalidad rememorante—, el vals limeño se nutría de dos manantiales: uno, la melodía europea transculturada y vulgarizada, que en el transporte perdió su estilo estirado y ceremonioso y se hizo sincopada y picaresca; la otra, los lúgubres versos, que son queja, lamento y piedad. La necrofilia dio las páginas más populares —y las mejores, quién se atreve a negarlo— del cancionero de Lima. Cuando una fiesta arrecia, el rasgueo metálico de las guitarras y la aguardentosa voz de los cantantes repite un grito desesperado:

*Yo te pido, guardián, que cuando muera
borres la huella de mi humilde fosa,*

*y no dejes crecer enredadera
ni que coloquen funeraria losa.*
(El Guardián)

O este otro de más reciente data:

*Qué vale más, yo débil, tú orgullosa;
no vale más tu débil hermosura;
piensa bien que en el fondo de la fosa
llevaremos la misma vestidura.*
(Odiame)

Podría reunirse una antología de esta poesía popular con ínfulas de requiem, pero con ella no se tendría sino la mitad de la liturgia porque lo interesante y sintomático es que tales versos están sumergidos en una música que se baila alegremente, que se palmea con entusiasmo, que se adorna con decires y coreografía burlones. Se danza el vals criollo celebrando la muerte, pisando alternativamente con punta y tacón un cadáver. Resulta así que el júbilo festivo tiene un envés luctuoso, que no es solemne por la ocasión en que se da, pero que tiende un misterioso puente entre el placer y la destrucción, entre la fiesta loca y el irrecuperable estado de la total indiferencia. De una manera tenue, el ayer habita los regocijos. Sin embargo,

una nueva escuela del vals tiende a reemplazar esta huachafería —así se le llama— por una de temática que se cree más culta, pero que obedece más sumisamente al mandato pasatista, exalta expresamente la colonia y reveladoramente denomina a Lima, a la Lima del virreinato, *la ciudad de mil quimeras* (Mi ofrenda).

Hablar del vals criollo obliga a referirse a un limeño representativo: Felipe Pinglo Alva. Los grandes libros no lo citan, pero su memoria y su obra persisten en el pueblo. En las melodías que compuso y en sus ingenuos versos el hombre oscuro de la ciudad halló su alma trémula, su neblina interior, su desahogo. No fue el trovador encendido y pasional de un grupo humano poseído por la *joie de vivre*: fue, por el contrario, eco de las angustias de aquellos que, por injusticia secular, un egoísmo sistemático colocó al margen de la felicidad. “El Plebeyo” es una página que por haber sido cantada sin pausa y considerada así como una suerte de protesta indirecta, recibió la consagración incontestable de la costumbre. Incorporada a la tradición —a esa parte de la tradición que no pertenece a la edulcorada y cortesana crónica—, la música de Pinglo es algo que será imposible separar de la idea de la Lima de hoy, ahita de patéticas contradicciones, hormiguero de pompas

vanas y desgarradoras miserias, panal de recónditas mieles, insuficientes, sin embargo, para tantas ganas de dicha como hay. Música de fondo, en puridad, de un film tedioso en que rostros desencajados, luces mortecinas y soledades sin límite se repiten como en una pesadilla de inhibición. Borges ha anotado certeramente que el poeta popular evita, porque quiere emular al poeta culto, el lenguaje tosco de los suyos. Pinglo no es una excepción: el sentimiento es popular, sí, pero su expresión buscaba la forma ilustre. *La noche cubre ya / con su negro crespón*, es una imagen que aspira a sintetizar, con metáfora insuficiente, la nocturna atonía del solitario. Mas ése es su encanto, su sabor local y su gracia. Lo más auténtico de su música, de toda la música popular, es su inautenticidad. Y esto lo entendemos bien los limeños cuando se trata del vals criollo y de Pinglo. Nuestro vals no tiene el ritmo negro que enajena universalmente porque el negro y lo negro son universales, ni esa fuerza posesiva del jazz que se identifica con una civilización expansiva y de influjo ecuménico. Requiere para ser entendido y sentido un oído y un gusto muy particulares. No se lo comprende ni se lo aprecia sino perteneciendo a Lima porque es, a la postre, una comunicación secreta de melancolías propias: garúa, calles desoladas, balcones vacíos

o con las persianas corridas, geranios intemporales, abrazadoras bugambilias, misas de difuntos, cometas polícromas en un cielo de gas neón, y también, o sobre todo, pobrezas que siempre fue preciso olvidar porque ésa era la manera de combatirlas. Pinglo cantó el presente, su presente. No hizo, como es de uso, el elogio de las tapadas y las misturas, sino que vertió en su música y sus versos lo que es el pueblo limeño, pueblo simple, efectivo, emocional, resignado, dulce, cortés, amable, y lo dio, posiblemente sin desearlo, como testimonio de un ser nacional y de su tragedia.

Los muertos en Lima son —repito— dioses. No llamamos al recinto donde van a parar los huesos inanimados, cementerio, camposanto o necrópolis. Le decimos atrevidamente panteón. Nuestra historia, aun la más triste, también es un panteón. Nuestra música, otro panteón. El panteón segrega su mentira fantasmagórica y a esa *fata morgana* estaremos unidos hasta que, mediante el deicidio o la profanación de las tumbas, seamos libres.



LUGARES DONDE EMPAREDARON SUS TESOROS



MELANCOLIAS PROPIAS: GARUA, BALCONES VACIOS, CIELO DE C

Pocas manifestaciones artísticas como la pintura colonial han sido objeto de ponderación tan vehemente. Ejemplares grandes y pequeños de esta variedad penden no sólo sobre los muros de los museos sino en los de casas, residencias y mansiones de los limeños con orgullo castizo. Los cuadros de la Escuela Cuzqueña (y en menor proporción de las de Quito y Potosí) son además piezas de un reñido comercio, tanto por las telas cuanto por los aparatosos marcos estofados que las suelen ornamentar, al punto de que muchas veces son éstos y no aquéllas los que les otorgan su valor. Este hecho sirve bien a nuestro afán de develar por cuán innumerables caminos el mito arcádico sucuestra nuestro presente y anula su proyección futura. Lo que en seguida se afirmará de la pintura colonial no constituye, por esa razón, una interpretación estética de las creaciones mencionadas sino una indagación acerca de la intención que dirigió su producción y del uso que, superado políticamente el virreinato, hizo de ellas la clase dominante.

La reflexión en torno al problema que plantea

el examen del fenómeno artístico colonial nos excita a considerar la relación de dos términos o conceptos. Dichos conceptos, muy concretos en sí pero ciertamente menos precisos en el trance de conjugarlos en una ecuación, son los de Perú y Pintura. Con patética evidencia se revela que a través del decurso nacional los dos términos han sufrido un divorcio cuyas consecuencias sufrimos todavía. Entre la pintura como arte y una comunidad nacional como manantial incesante de motivaciones espirituales está la voluntad individual, la persona original del artista, que es quien hace de esas motivaciones informes objetos trascendentes, eternos. Mas el artista está comunicado con la sociedad de la que forma parte de un modo fatal y la intensidad estética de sus obras proviene en igual grado de él mismo y de su circunstancia témporo-espacial y social. El medio y la comunidad lo presionan, influyen poderosamente en su sensibilidad, y lo obligan a compartir, quiéralo o no, ideas, sentimientos, costumbres, todo aquello que constituye suelo y atmósfera de su patria y su tiempo. Sólo la censura oficial, la dirección autoritaria, pueden impedir que quien pinta —o escribe— diga cosa distinta a lo que espontáneamente quiere o debe decir.

La pintura como tal ingresa al país con la cul-

tura española, esto no hay quien lo discuta, pues la cerámica, la textilería y la orfebrería pre-hispánicas prefiguraron una gran pintura pero, *sensu stricto*, no lo fueron. Si los mochicas, los nazcas o los paracas hubieran independizado sus maravillosas decoraciones del utensilio, disponiéndolas en las paredes, habrían realizado un arte mural magnífico. Mas no fue así lamentablemente. Es probable que la conquista interrumpiera un proceso cuyo desarrollo posterior nadie jamás adivinará. Es, pues, en el XVI que la pintura propiamente dicha arriba al Perú, y no simplemente como conjunto de técnicas que se quiere transmitir y como realidad cultural, sino como recurso para la evangelización. Tal cual el libro, el cuadro es entonces herramienta de un apostolado, arma de la lucha contra la gentilidad indígena. La pintura tuvo un programa práctico de acción, de tal modo que el anquilosamiento de las formas, perdida su condición de efectos de la libertad, no llama la atención al juicio zahorí. Hubo una receta: el hombre de aquí, su paisaje, su vida, su espíritu, su cultura, debieron ser soslayados y, más que eso, negados, para que prevaleciera en los cuadros los emblemas de la nueva fe y los nuevos dueños. Basta contemplar un solo cuadro colonial para inferir, a despecho de su belleza o su encanto, calidades que

no están en discusión en estas páginas, que priva en él una abstracción de índole sobrenatural colocada en un ámbito que, por ser copiado de modelos distantes, postula un universo idealizado, no real. El Perú, pueblo y naturaleza, quedaron lapidados por el tabú.

La cultura española, al descubrir y apropiarse de este continente, entró en conflicto con él, y tuvo necesidad de remachar sus esquemas económicos, sociales, políticos, intelectuales, etcétera, a una realidad remisa. En vez de adecuar a ella los troqueles, optaron, cuando no cupo en ellos, por excluirla y excluir su diferenciación. Muy ilustrativo es lo que aconteció con la leyenda de Santiago Apóstol: los moros, en la pintura, fueron reemplazados por indios. Estos, por tanto, prohibidos además de bautizarse con el nombre de Santiago, que *por su sentido mágico no dejaba de ser peligroso* (Emilio Choy), asumieron el papel de seres malditos y demoníacos. El caso demuestra hasta qué punto la realidad fue condenada y en consecuencia resultó indigna de ser exaltada ni siquiera fragmentariamente en el cuadro. De ahí que el indio o el mestizo que en el taller del maestro europeo tomó el pincel, tuvo previamente que deponer su condición de nativo. De sí y de su nación hizo renuncia y los reprimió. En el lienzo debía

poner lo que se le había obligado a reverenciar como puro e incontaminado: primero, el tema católico, y después, el de la autoridad o señorío hispánico que, en la tierra, representaba a Dios. Los asuntos, limitados así a un corto repertorio, debieron ser infinitamente redundados y la imaginación constreñida a desenvolverse en los encajes, adornos, flores, pájaros y joyas, o sea, en todo aquello que, a semejanza del arabesco musulmán, desvía la fantasía hacia la decoración subsidiaria. Los escasos elementos supuestamente autóctonos que han sido identificados por algunos críticos y exégetas en la pintura colonial no son sino actos fallidos: cuando al pintar una virgen el artista le colocó una montera mestiza fue, sin duda, porque inconscientemente ese elemento descendió hasta su mano sin que la censura personal fuera capaz de impedirlo. Se trató de un hecho no intencional. En general, la pintura de la época virreinal fue un arte dirigido, con un objetivo que hoy llamaríamos de apelación publicitaria. Su rigidez no se debe a otra cosa, y tampoco su estagnación durante más de dos siglos de ejercicio. Frecuentemente fue el marco, como antes se ha afirmado, la parte exultante, primorosa, libérrima, del cuadro, hasta el extremo de que en buena cantidad de casos el precio radica más en tal accesorio que en lo que rodea.

En el arte colonial faltó, pues, la voluntad creadora y la impronta social que ella proporciona a las grandes obras. Y al no darse aquella voluntad ni este sello, no hubo, en puridad, creación. Todo fue —a veces bellamente, cabe repetir— conformidad, repetición y juego, a los cuales ocasionalmente el candor de un primitivo sopló un hálito excepcional de personalidad. Y esta pintura sin sentido se hizo tradición, pues le fue valiosísima a la mentira edénica porque las consecuencias de la inhibición se registraron después de desaparecido el poder virreinal. La ecuación Perú-Pintura continuó en la etapa republicana sin consumarse debido al eco de la vieja represión y sólo en un caso, el del acuarelista Pancho Fierro —cronológicamente ubicado entre los últimos días del dominio madrileño y los primeros del limeño— los términos se aproximaron. Con fácil mano, a la que ninguna disciplina educó, Fierro eligió una nueva ruta: a más de la ciudad y su trajín, trasladó al papel *Lo indio, la clase media, los frailes, las viejas, los retratos, los recuerdos históricos, la inquisición, el desfile de la Independencia, el paisaje* (Raúl Porras Barrenechea). Algo o mucho de lo que la colonia vetó. Mas su esfuerzo fue discreto. Este espontáneo artista vio sólo el epitelio de la vida, su envoltura ferial, su alegre máscara como *el*

autor de la primera revista ilustrada nacional (Aurelio Miró Quesada). A la postre, como ocurrió con Palma —que fue no por casualidad coleccionista de las estampas del mulato *naïf*—, su trabajo sirvió para fomentar el cuento edénico y para probarlo con un preclaro testimonio más. Después de él viene la pintura romántica, también reprimida, que aunque elige menos el tema religioso como cobertura de su impedimento, busca nuevos convencionalismos para el extravío temático. Dentro de ella, Francisco Laso, muerto prematuramente, dejó un borrador de lo que pudo ser el primer contacto esencial de la pintura y el país prohibido, para su generación adhiere al *pompierismo* y la siguiente a los más chabacanos géneros de tapa de bombonera, retratismo naturalista e historicismo anecdótico. Es interesante que en la tercera década del siglo que corre aparezca el *indigenismo*, no porque como escuela consiguiera lo que se propuso valientemente —*Buscamos nuestra identidad integral con nuestro suelo, su humanidad, y nuestro tiempo* (José Sabogal)—, sino porque rompió el prejuicio secular y se dio al quehacer, no muy sencillo por supuesto, de fundir en una sola fórmula los conceptos Perú-Pintura segregados hasta ese momento. A partir de esta relativamente reciente remoción se abren nuevas

perspectivas, de tal modo que hoy hasta los abstractos intentan conciliar sus imágenes plásticas y colorísticas con la aún incógnita simbología del arte anterior al advenimiento español.

Los cuadros de la Escuela Cuzqueña son un emblema de la casta. En Lima, en donde la pintura en general no tiene aficionados, mecenas y coleccionistas de larga y generosa devoción, el arte colonial cuenta con una proficua especie de amantes. El ascenso social por la fortuna o la fuerza está regularmente acompañado con la adquisición de un cristo, una virgen, un arcángel y a veces un remoto —e improbable— antepasado producido en alguno de los talleres coloniales. Obras anónimas, reflejan también un mundo anónimo y deletéreo, que casi siempre ofrece, tras la figura sacra o principesca, lagos y roquedales flamencos, atisbadores leones africanos y ruisseñores germánicos, árboles y jardines que nunca vieron, ni siquiera en sueños, sus autores. ¿Por qué esta afición? La idealización exigida por el adoctrinamiento tiene ahora otro uso: persigue la convergencia del paraíso virreinal, de la Arcadia Colonial, con ese plano intemporal y angélico del arte religioso. La Lima quimérica inventada por los colonialistas queda así en alguna manera ilustrada por esas imágenes heladas que ocultan al pueblo vencido, su cultura

y su contorno natural. El arte pictórico de la colonia no ha perdido su directiva, quizá porque lo que nació con intención compulsiva no está libre de la violencia implícita en tanto los que lo esgrimen lo destinen a defender su imperio.

Todo cuanto queda dicho está personificado por la biografía, temperamento, obra y especialmente pensamiento de los mejores escritores limeños. De un modo u otro todos ellos vivieron posesos, inclusive en la distancia del obligado o el voluntario destierro, por el peso de la historia mitificada que, a la manera de la piedra de Sísifo, debieron sobrellevar en el ascenso a la verdad o a la belleza. La existencia de estos hombres y su relación afirmativa o negativa con el anonadante pretérito es una clave para explicar el sentido de su producción. Porque nadie que nazca, crezca y madure en Lima está libre de la enajenación de la Arcadia Colonial, saturación del ambiente con recuerdos animados y lancinantes, y también emboscado lazo que custodia las salidas hacia la plenitud sin entorpecedoras nostalgias. Sólo unos cuantos lograron conjurar el hechizo y sortearon las trampas, ya lo veremos.

Se ha dicho antes que no son los monumentos los grillos de la alienación sino una ideología —que como señuelos emplea esos y otros rezagos del pa-

sado— y en tributo a la cual se benefician el incierto presente y el enigmático porvenir. Tal vez, como alguien ha querido, el sueño medieval de Eldorado, los abundantes reinos de Paititi, Jauja o la Anti-Isla, y el país donde mana la Fuente de Juvencia, vengan a nosotros elaborados de nuevo y así remozados dentro de la edénica visión de la Lima de los virreyes —felicidad acompasada de la sociedad, rutilancia alternada de fe y concupiscencia, naturaleza pródiga como la del celestial maná—, pero si hay un renacimiento del antiguo sueño ello no amengua el efecto inmovilizante de la saga que vuelve a la razón —a la ciencia— menos adicta a la realidad que al deseo. La ideología perversa es un instrumento: no se contenta con ser ficción porque sí, mera alegoría de museo, seca crestomatía. Tiende a paralizar el inconformismo, el desasosiego y la revuelta que la lucidez con respecto a un destino frustráneo multiplica en los pueblos como los círculos concéntricos que en el agua quieta desencadena el más pequeño guijo.

Desde hace aproximadamente un siglo, la unanimidad acerca de la dicha colonial está siendo rota. Un suceso histórico turbador, la Guerra del Pacífico (1879-83), sacudió al Perú de su irresponsable y tibia siesta republicana. Todo el caudillismo envanecido de la primera media centuria

independiente, cuando los espadachines se disputaron no tanto el honor presidencial y sus prebendas cuanto la emulación cortesana con los virreyes, vino a parar en una humillante derrota. Una nación inmensamente menos sobrecogida por la tradición, muy apegada a sus problemas inmediatos y puesta ante el futuro sin más alternativa que la expansión o la muerte, supo sacar provecho del naciente conflicto entre los imperialismos anglosajones y alcanzó, gracias a su malicia, no sólo el tónico material de la victoria, si bien bárbaro asimismo moralmente reconfortante, de la ocupación armada de su rico vecino. Lima permaneció durante dos años en manos ajenas y aunque pudo, con las refinadas artes que le eran propias, subyugar al subyugador, por vez primera tuvo conciencia de que no era inviolable y de que su decantado linaje, su capitalidad señorial y su gloria nada significaban si el empuje extraño e invasor estaba movido por las ganas de vivir. Lima no acumula experiencia pues hoy debiera rememorar—sea permitida la digresión— aquellas fechas, pues otros ejércitos hambrientos la cercan para poseerla y hacerla expiar sus largas indiferencias. *Hemos de lavar algo las culpas por siglos sedimentadas en esta cabeza corrompida de los falsos wiraqochas, con lágrimas, amor o fuego. ¡Con lo que*

sea! Somos miles de millares, aquí, ahora, amenazan, en la voz de José María Arguedas, los nuevos sitiadores. En 1879, el alud fue precedido por augurios semejantes. Lima rindió, al fin, la coronada frente. Y desde entonces ciertos limeños contestaron la preeminencia de su ciudad natal.

Siendo aún rehén, Lima tuvo su primicial reivindicador: Manuel González Prada (1848-1918). No en vano su poesía a la vez que ensayaba ritmos exóticos mas no vacíos que cuajaran con una concepción de la vida y el mundo opuesta a la que, por vía clasicista o romántica, legaba la falaz tradición arcádica, su radical y anarquizante espíritu la emprendía, merced a un estilo claro, pulido y compacto, contra la usual retórica de las letras y la escena pública. O sea, contra Ricardo Palma, quizá a pesar de sí demiurgo del colonialismo literario, y contra Nicolás de Piérola, demócrata al alimón entre el catecismo jesuita y la traducción criolla de Adam Smith. Anatematizó a Lima y, casi automáticamente, su pensamiento mereció a los indios: *La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social. Y añadió: La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente*

para escarmentar a los opresores. Su discurso, a la postre, descartaba la primera posibilidad y reclamaba la redención del explotado mediante su propio y violento esfuerzo. *Todo blanco* —concluía significativamente—, *es más o menos, un Pizarro, un Valverde, un Areche.* González Prada vio a Lima como un castillo de conquistadores, adoctrinadores y corregidores, y no se lo calló. No era sólito, no era admisible, que alguien hablara de ese modo y que con tanta energía persuasiva socavara las bases del régimen paternalista del virreinato, redivivo medio siglo después de su aparente ocaso. Obligado a encerrarse en su escrupulosa timidez debido a la represalia de la casta pidió *¡Guerra al menguado sentimiento! ¡Culto divino a la Razón!*, y pidió así la insurgencia contra la hasta ahora intocada imagen de la Arcadia Colonial. El fracaso de sus proyectos revolucionarios —que acogieron dos generaciones faltas de su integridad, la de sus discípulos inmediatos y la de Haya de la Torre— debe cargarse a la cuenta de la vasta capacidad corruptora del colonialismo, experto más en anemizar que en aplastar sus anticuerpos. Sin embargo, González Prada trazó los lineamientos generales de la heterodoxia limeña: la afirmación de los valores indios y provincianos que constituyen la ciudad, la defensa del

derecho de los trabajadores a participar de la riqueza y el poder que Lima administra, el rechazo de toda dependencia del pueblo o los falsos fueros del blasón, la tonsura o los entorchados que amparan su hegemonía, y, en suma, la universalización del Perú a través de la definitiva asunción de la nacionalidad anticolonial.

Pero no toda la reacción contra el fetichismo virreinal actuó siempre como en González Prada. Ahí está el caso de José María Eguren (1874-1942) que prefirió integrarse con la niebla, ser una imprecisión más en el ambiente, quintaesenciar hasta el zumo substancial la irrealdad limeña. Casi toda la literatura anterior y la que le fue coetánea hizo puntualmente lo contrario: atizar el infundio histórico y documentarlo. Eguren se ensoñó. Fueron Lima brumosa y húmeda él mismo y su palabra, y eso extravió a los quimeristas, pues sacó a la poesía de sus casillas: ¿dónde colocaremos —se preguntaron— a este personaje gratuito, sin teatralidad? Lo curioso es que la persona fantástica de Eguren es más cierta que su identidad biográfica, y la gente de letras de su tiempo sonreía, por no saber qué otra actitud adoptar, ante esos versos que parecían naderías, pues no hablaban del ojo febril de la limeña, ni de aventuras donjuanescas o guerreras, ni de santos protegiendo

las murallas. No hubo quien entendiera que Eguren coincidía espiritualmente, como nunca nadie, con la atmósfera de la ciudad, con la esfumada interioridad de los corazones solos, con la materia melancólica que se entreteje en las soledades del auténtico limeño, en las que el poeta se hibernó hasta no ser. Evasiva era la otra modalidad: la de los tópicos del épico optimismo y la de la fábula de la riqueza latente de minas y palacios. Es decir, la de José Santos Chocano (1875-1934), aventurero cosmopolita y gran rimador. Este echó mano de todo lo que pudo, la crónica y la fama, la leyenda y la selva virgen, las ruinas y las intimidades femeninas. Vistió de armiño y pluma a promiscuos antepasados, incas tristes de soñadora frente y conquistadores de fuertes y ágiles caballos andaluces, y los sentó en un parnaso a medias tropical y *art nouveau* para meter un ruido infernal y sin objeto. Ya ha sido barrido el polvo que cubre tanta utilería operática sin que se haya encontrado en ella algo que verdaderamente valga la pena. Salvo el contraste: así como González Prada sacudió el infundio palmiano, Eguren oxidó la chatarra chocanesca con su pertinacia de brisa. Claro que Palma y Chocano saborearon la consagración oficial —y el segundo con una célebre bambolla pública— y que sus contrapartes todavía esperan



UNCA ESTUVO LIBRE DEL OJO INQUISIDOR



Foto Carlos Domínguez

AHI SE REFUGIA MAS DE MEDIO MILLON DE LIMEÑOS



Foto Jesús Ruiz Durand

PIENSAN QUE SU MUNDO NO SE ACABARA

el justo reconocimiento, mas este azar está incluido en el riesgo que corre cualquier forma de libertad en una cultura dictatorial y con acento de clase.

Otras dos personalidades pueden ser contrapuestas enseguida: la de José Carlos Mariátegui (1895-1930) y la de José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944). Aquél aparece vinculado a la generación del grupo *Colónida*, pero su posterior evolución, acelerada y convicta, lo hacen animador de una excelente publicación renovadora, *Amauta*, y, más que eso, fundador del Partido Socialista y autor de la única interpretación marxista del Perú (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*). Mariátegui preside la protesta, ya más expresa y combativa, contra la conspiración colonialista y su idolatría arcádica, y es él quien denuncia, gracias al análisis racional, sus encubiertos propósitos de perpetuar el sistema social y económico del virreinato. Riva-Agüero se inicia como ideólogo de un cierto Partido Futurista, pero acaba como capitoste de la reacción, ministro de una dictadura y ensayista de *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*. Es en estas páginas donde desesperadamente ahonda en el vacío tradicionalista tras de nuestra filiación colonial y en busca de un justificativo para el sometimiento a los poderes

del dinero, la sangre y la confesión. Entre ambas posiciones hubo, y persiste, un diálogo que se centra en la discusión acerca del significado de Lima. Mariátegui infiere: *Fundada por un extranjero, por un conquistador, Lima aparece en su origen como la tienda de un capitán venido de lejanas tierras. Criatura de un siglo aristocrático, nace con un título de nobleza, y la opone, pues la reputa advenediza, a la nación permanente, laboriosa y tenaz, a la que económicamente sangra.* Riva-Agüero replica: *. . . recordemos que la dulce Lima, la ciudad de los perfumes, de los jazmines y de los sahumeros, de las albercas de azulejos y los floridos claustros regalones, fue hija de heroicos y duros guerreros, y, engañándose, supone que es dicha génesis castrense el carácter que la hace cabecera del país, como si prevaleciera en sus hábitos y maneras la austeridad original. Las dos facciones están ya frente a frente, pero la batalla no ha comenzado.*

Más nombres ilustran la misma discrepancia: los hermanos Ventura y Francisco García Calderón, que en Europa masticaron una aflictiva soledad despaisada y a quienes la nostalgia abatió; Raúl Porras Barrenechea, que se embriagara de historia para adormecer su vibrante actualidad y cuyo encuentro con América resurrecta incendió

la postrera agonía; Luis Alberto Sánchez, en quien la costumbre de la prisa devastó intuiciones primigenias y apartó su vida del río de la vida verdadera; José Diez Canseco, que auscultó el corazón del pueblo, ansioso de hallar su latido viril sojuzgado, y Martín Adán, cuya persona sufre y registra en versos la tensión entre el ayer, que sabe de cartón, y el mañana, que adivina cataclísmico. El caso humano y literario de este último es sintomático de la fractura del emblema arcádico. Descendiente de antiguas familias relumbrantes, ha sido testigo de la crisis: la repentina y rápida desolación de un mundo que en la tenaz apariencia fue de reposo interior y social pasividad externa, el mundo del *civilismo* conservador, bajo cuya patriarcal rectoría no sin rigor la nave burguesa pareció anclada en puerto seguro. Ante la amenaza de naufragio, la pluma de Adán eligió el sarcasmo. Pero fue inútil. Atentó entonces contra su vida en la despersonalizadora bohemia de cafetín en tanto sus poemas gongorizaban o se interrogaban por el ser, la nada o Dios. Mas no fue éste su último avatar puesto que el encuentro con Machu-Picchu, con el más impresionante símbolo del país indígena esclavizado por los suyos, le inspiró un canto ininterrumpido, siempre inconcluso, en el que tácita, alegóricamente, contrapone la feble Lima al

sólido Perú que desde antes del tiempo y contra el tiempo también espera su reivindicación. Símbolo de una herejía —los valores, los dioses de la casta, se deterioran en la palabra de uno de sus mejores hijos— y símbolo de que la ciudad heráldica, aureoleada y pinacular, resquebraja su eminencia porque ya no es capaz de imponer sin provocar protestas el mito paradisiaco, Martín Adán encarna, pues la prevé, la catástrofe. El es más real, sin duda, que todos aquellos de su clase que lo miran como patológico paroxismo, como delirio singular e insignificante. La antítesis de la Arcadia se pronuncia en los más jóvenes con mayor brío, situados ya en un terreno despejado y convencidos de que, desenmascarado el embuste, el rumbo puede enmendarse, el objetivo voluntariamente prefijarse y la tradición —la genuina, que corre limpia por un cauce inmemorial— para siempre restaurarse.

Es verdad, no obstante, que para rechazar la aberración de la Arcadia Colonial los limeños necesitamos aprehender su entidad sutil y compleja, cogerla por las astas a riesgo de perder en el combate, pues mostrarse simplemente incrédulo, fugar para evadir el raptó o tomarla a la broma son reglas de la molicie o subterfugios de la comodidad, y en consecuencia acarrear las aguas al molino de

la casta. Ante nosotros se abre una pregunta. No responder el acertijo equivale entregarse a las fauces del trágico portento que lo propone. Vivir ahora es decir que no. Delegamos en un maestro la explicación de esta respuesta que al negar crea: *Contra lo que baratamente pueda sospecharse, mi voluntad es afirmativa, mi temperamento es de constructor y nada me es más antitético que el bohemio puramente iconoclasta y disolvente, pero mi misión ante el pasado parece ser la de votar en contra* (José Carlos Mariátegui).

Imprenta Madero, S. A.

Aniceto Ortega 1358, México 12, D. F.

15-I-68

3,000 ejemplares más sobrantes para reposición

Nº 1329

BIBLIOTECA ERA

ENSAYO

- Georg Lukács, *Significación actual del realismo crítico*
Enrique González Pedrero, *El gran viraje*
Fernando Benítez, *Los primeros mexicanos* [3ª edición]
Gastón García Cantú, *Utopías mexicanas*
Adolfo Sánchez Vázquez, *Las ideas estéticas de Marx*
Marta Traba, *Los cuatro monstruos cardinales*
Georg Lukács, *La novela histórica*
Jorge Portilla, *Fenomenología del relajo*
Fernando Benítez, *Los indios de México*

NOVELA Y RELATO

- Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*
Alexander Solzhenitsin, *Un día de Iván Denísovich*
Albert Maltz, *Un hombre en el camino*
Isaac Babel, *Caballería Roja*
Daniel Sueiro, *Estos son tus hermanos*
Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*
[3ª edición]
Gabriel García Márquez, *La mala hora*
Rosario Castellanos, *Los convidados de agosto*

POESIA

- Agustí Bartra, *La luz en el yunque*
Dario Puccini, *Romancero de la resistencia española*

TESTIMONIO

- Evgueni Evtushenko, *Autobiografía precoz*
Fernando Benítez, *Viaje a la Tarahumara*
Elena Poniatowska, *Palabras cruzadas*
Fernando Benítez, *La última trinchera*
David Rubinowicz, *Diario de un niño judío*
Luis Suárez, *Confesiones de Diego Rivera*
Fernando Benítez, *Los hongos alucinantes*
Julio Scherer García, *La piel y la entraña* [Siqueiros]
Manuel Amblard, *Muerte después de Reyes*

918.52
S16123

127121

AUTHOR

Salazar Bondy, Sebastian

TITLE

Lima la Horrible

DATE DUE

Salazar -

127121

DATE DUE

JE 4 '93

JE 4 '93			



GAYLORD

PRINTED IN U.S.A. 538560

Desde muy joven sobresalieron las actrices peruanas y ya su nombre se hizo conocido de su prematura desaparición. Sobre todo teatro son los actores que en la escena habrá escrito un buen número de piezas en torno de una preocupación central: la realidad de su país.

Lima la horrible es una exploración en el laberinto de fuerzas opuestas y complementarias que integran una ciudad. Esta, a su vez, determina la vida de toda la nación y sus males resultan, en varios aspectos, los problemas comunes a nuestro continente. Como toda ciudad, Lima es un destino, una utopía; mas pesa sobre ella el mito de la colonia, la extraviada nostalgia de una supuesta Arcadia que olvida la tensión entre amos y siervos, entre los que tienen todo y otros que no tienen nada. El pasado invade todas las esferas de la sociedad y las enajena, se exalta el régimen virreinal y con él, la opresión de que se nutría la opulencia. A la edificación de esta mitología adormecedora contribuyeron, mezclando historia y mentira, las *Tradiciones* de Ricardo Palma. En el criollismo la nostalgia se hace popular, nacional; invoca una edad de oro poblada por reyes, santos, fantasmas, donjuanes y pícaros. En última instancia el mito sirve a las grandes familias —con su heráldica de “oro y esclavos” — para resistir el vertiginoso impulso de la historia, para vivir de espaldas a una ciudad y un país de indios despojados y mestizos sin esperanza, hasta que suene la hora de instaurar la igualdad y la solidaridad.

Tercera edición

918.52 S16113
Salazar Bondy, Sebastián,
Lima la horrible



3 1856 00143216 8

